

Ángel Lombardi

Hay un nuevo sheriff en Washington: Año I

Venezuela en la geopolítica mundial del siglo XXI



Hay un nuevo sheriff en Washington: Año I

Venezuela en la geopolítica mundial del siglo XXI

Ángel Lombardi

Los libros de
VERSIÓN FINAL

Título original: Hay un nuevo sheriff en Washington: Año I
Venezuela en la geopolítica mundial del siglo XXI

© 2026 Ángel Lombardi
angellombardi@gmail.com

Todos los derechos reservados

© Versión Final
1ª. Edición, 2026

ISBN: 978-980-18-8616-7
Depósito legal: ZU2026000179

Corrección y Edición: Monzantg
jlmonzantg@gmail.com

Diseño de portada y Diagramación:
Julio César García Delgado
juliogarciad@gmail.com

Fotografía: © Ángel Lombardi

Para José Luis Monzant
y Norberto Olivar

Con mi amistad y agradecimiento

Mi agradecimiento especial
al periodista y amigo Carlos Moreno
y al Dario Versión Final

Índice

Prólogo	9
El imperio ruso en el Caribe	14
La centralidad del continente americano	17
El estrecho de Malaca	20
La invasión rusa a Ucrania.....	22
Las guerras de Putin.....	25
Economía-Mundo.....	29
¿América Latina?	32
El mundo que viene, que ya está aquí	35
Maquiavelo y la política	38
Guerra y paz	42
Imperios y naciones: choques geopolíticos	44
Desglobalización	48

Putin se equivocó en Ucrania	52
Transición democrática en Brasil	55
América Latina y sus democracias	58
EL Apocalipsis aún no es	61
Ucrania-Taiwán: ¿guerra mundial en puerta?	65
La derrota estratégica de Putin.....	67
¿Biden no va?	70
Desafíos del siglo XXI	72
La trampa de Tucídides	75
«Apocalypse Now»	78
Siria: caída de una tiranía	81
Hay un nuevo sheriff en Washington.....	84
Nuevo Orden Mundial (I)	87
¿Cómo anda el mundo?	90
Imperialismo del siglo XXI	93
Un movimiento antidemocrático global	97
Estados Unidos y China.....	100
El proceso emancipador americano, 1776-1898	103
Medio Oriente, 2024-2025	106
Geopolítica global	109

La ideología de Trump.....	111
Entender el cambio mundial	115
Paz y guerra	119
Tormenta en el Caribe	123
La paz sucia: guerra y geopolítica contemporánea.....	126
Nuevo Orden Mundial (II).....	130
La falsa «verdad»	133
Monarcas sin corona	136
Hay un sheriff en Washington: Año I.....	139
Tripolaridad.....	142
Demografía, inmigrantes, miedo y cambio	145
El fanatismo religioso y la guerra entre Irán e Israel.....	148
De la sublevación de las masas a su domesticación	151
Nuevo Orden Mundial (III)	154
El «chavismo» y su fracaso histórico.....	158

Prólogo

«Mis dos siglos»

Nacidos en el siglo veinte, somos cronistas, analistas, espectadores interesados, copartícipes conscientes, beneficiarios y víctimas de los acontecimientos de los dos últimos siglos. El autor de estos breves textos, Ángel Lombardi, mira el mundo, la historia, la geopolítica, la «realidad-real» y los futuros posibles desde su lugar en América.

Convencido del derecho a las libertades civiles, Derechos Humanos, Estado de derecho, pertinencia de la democracia como modo vida deseable; y conocedor de prácticas reales como la vigencia—centenaria, milenaria—de autoritarismos en Rusia y China, ha dedicado la vida a estudiar y promover los valores de la convivencia en democracia: soberanía, autodeterminación, derecho a elegir gobierno propio, pluralismo, igualdad y competencia política, justicia social y Bien Común.

Su énfasis en la thalassocracia, la trampa de Tucídides, origen de la democracia ateniense y ejercicio ciudadano del voto, conectan sus siglos veinte y veintiuno con más de dos mil quinientos años de tradición grecorromana y helenística que —cristiandad, cruzadas, inquisición, renacimiento, colonialismos, ilustración, guerras y revoluciones económicas y políticas, imperios antiguos y actuales— llega a hoy bajo la forma de un modelo eurocéntrico en el que fue formado y formador. Lo fuimos. Pero del que acusa agotamiento y crisis de congruencia con los momentos geopolíticos en curso.

Su insistencia en el control que Estados Unidos ejerce sobre mares y océanos, estrechos y canales marítimos, es correlato real de lejanas y recientes teorías geopolíticas a partir de las cuales, Washington, y toda potencia colonial-imperial, justifica y mantiene el ejercicio del poder sobre el comercio global.

El realismo —que a Maquiavelo lo lleva de la fortuna y la prudencia del príncipe al más radical pesimismo antropológico; a Lombardi le permite partir de lo que llama esa «realidad-real», para llegar a la ética como modelo y como construcción de convivencia en paz. Es su deseo, aunque conoce el significado de «esa tregua» entre dos guerras.

En su realismo, presenta a las tres principales potencias globales en la justa dimensión que hoy tienen: Estados Unidos, imperio en tránsito a dejar de serlo. El autoritarismo comercial y financieramente expansionista de Xi Jinping, como parte del modelo político con el que China va camino a convertirse en potencia hegemónica global. El rezago de Putin.

En Xi, en Trump —«que tampoco es de su agrado»— y en Putin, encuentra identidades en rasgos y roles. Pero, diría yo, Putin recibe su crítica más acendrada: Retrógrado-conservador-mesiánico amparado en anhelos de una Rusia que ya no es. Y en sus ortodoxias. Autócrata del pasado con mentalidad de guerra fría anclado en su poder de fuego nuclear. A partir de los textos de Lombardi —y de una tenue digresión de Hannah Arendt en el capítulo 6 de *Eichmann en Jerusalén*—, asocio a Vladímir Putin con el «raro amor» del *Dr. Strangelove* por la bomba.

Comparto miradas de Lombardi sobre aquellos idénticos-opuestos. Los tres: Segregacionistas, autoritarios, patriarcales. Putin, en orfandad ideológica desde final del siglo veinte, encuentra pares parciales en Trump y en Xi. También en Orban, Meloni, Le Pen. Y sigue en busca de subordinados ideológicos, como Hugo Chávez y Lukashenko.

De la «realidad-real» —con sus tensiones, conflictos, democracias inacabadas, desigualdades, decenas de guerras en curso y otras por venir; aspira acuerdos ciudadanos, nacionales e internacionales, con democracias consolidadas en un subcontinente que se asuma consciente de su centralidad. Sujeto activo de su bifrontalidad oceánica y de su condición multifactorial en los escenarios geopolíticos.

«GUERRA Y PAZ», «PAZ Y GUERRA», parecen mantra cotidiano en su pasión por comprender-explicar. De la guerra a la paz —aquella tregua— a la legalidad-institucionalidad. A la guerra, a la paz...

Lombardi, que define la geopolítica como «síntesis de las ciencias sociales», integra historia, geografía, demografía, economía, sociología, antropología, psicología. Sobresalen su formación de historiador y su especialización de analista político con más de cincuenta años continuos escribiendo un artículo semanal para los diarios. Y, hoy, su presencia en las redes.

Sin prejuicio, recurre a la comparación y, para la Venezuela del primer cuarto del siglo veintiuno, extrae conclusiones a partir del caso brasileño. De su transición de la dictadura a la democracia.

El 3 de enero de 2026 —dice Lombardi— nos «alcanzó la realidad geopolítica real, que es y sigue

siendo global». Pero, a diferencia de otros pensadores sobre la política-economía-geopolítica-relaciones internacionales, a él lo caracteriza su vocación de futuro. A su punto de partida en busca de modelos éticos de convivencia global, lo llamaremos «realismo optimista». O, para diferenciarlo del autor de *La Mandrágora* y de *El Príncipe*, «Optimismo Antropológico».

Algo destaca: Lombardi no parte de optimismos infundados. Sí de lo bello y lo bueno de lo humano: justamente eso que llamamos ÉTICA. Y de su manifestación relacional cotidiana.

Los artículos presentes van de enero de 2022 a abril de 2026.

Monzantg

Mendoza, Argentina

Abril 28, 2026

El imperio ruso en el Caribe

El involucramiento militar ruso en Venezuela es mucho más grave de lo que la mayoría piensa. Nuestro espejo es Cuba. Al alinearse Cuba con la Unión Soviética en 1962, en plena Guerra Fría, el continente y el mundo estuvieron al borde de una guerra nuclear. La firmeza de Kennedy y del gobierno norteamericano obligó a los soviéticos a retroceder. Pero quedó Cuba como rehén de la URSS.

El actual conflicto global por la hegemonía mundial, entre Estados Unidos y China, incluye a Rusia. Gracias a sus armas nucleares y a Putin, el nuevo Zar, Rusia también forma parte de la competencia geopolítica y utiliza a sus satélites y aliados a discreción, en este caso Cuba y Venezuela.

En el continente americano el único país con poder nuclear es Estados Unidos. Este, al sentirse amenazado en su espacio, es lógico que reaccione y lo haga con agresividad. Lo que hace cualquier potencia o país

soberano. Lo que está haciendo Rusia con Ucrania o China en sus fronteras.

Estados Unidos, como cualquier país-potencia de verdad, no va a ceder espacios y, a tal efecto, ya tiene a la OTAN en Colombia y su control militar del Caribe-Atlántico es absoluto. FLOTAS II y IV, COMANDO SUR, PANAMÁ/PUERTO RICO/ISLAS VÍRGENES/GUANTÁNAMO.

Ni Rusia, ni China, ni nadie, en este momento, tiene capacidad para derrotar, militarmente en nuestro continente, a los norteamericanos; pero sí le pueden crear problemas. China, por la vía económica; los rusos, creando inestabilidad política en nuestros países.

Estrategia en pleno desarrollo con la llamada polarización izquierda/derecha, terminología que no comparto, pero que domina en nuestras pugnas políticas internas y a nivel mediático.

Una Venezuela empobrecida e inestable, con fronteras descontroladas y en desmembramiento territorial le conviene a casi todos. Menos a nosotros. Allí está el espejo-cubano. Una isla-prisión arruinada y una dictadura cruel, senil y decadente.

Venezuela, constitucionalmente, es un territorio de paz. Las Fuerzas Armadas son y deben ser de carácter

defensivo, para resguardar el territorio y garantizar nuestra soberanía. La doctrina para países como el nuestro es el equilibrio geopolítico, la paz y las relaciones diplomáticas con todos los países.

La centralidad del continente americano

En la proyección cartográfica, las Américas tienen un lugar privilegiado como potenciales articuladores del mundo. Tenemos una fachada Atlántica y una en el Pacífico, y el continente se extiende de polo a polo, del Ártico a la Antártida.

Estados Unidos lo sabe y lo utiliza a su favor, como debe ser, en todas las dimensiones geopolíticas. El drama del resto del continente es que somos países «insulares», aislados entre nosotros mismos y en «pleitos» de fronteras seculares. Además de sus economías precarias y oscilantes, con sistemas políticos atrapados en el pasado.

Sé que esta perspectiva general tiene excepciones y diferencias, pero creo que sigue siendo o expresando las dinámicas generales del subcontinente al sur de los Estados Unidos.

Si observamos el mapa de América Central, somos un continente bifronte, con potencialidades de contacto e intercambio con el resto del mundo.

Pero todavía no tenemos el poder económico para asumir estas ventajas geopolíticas y, lo más grave, ni nuestros gobiernos, ni nuestras elites ni la mayoría de la gente tiene visión y conciencia global en la perspectiva del siglo XXI.

Seguimos anclados en el eurocentrismo de los últimos siglos. Somos una especie de sombra de Europa, sin necesidad de negar su importancia e influencia cultural formadora en nuestras sociedades. Pero igual somos sombra de Estados Unidos, con el cual tenemos una relación problemática de amor-odio. Para unos es el paraíso y para otros el infierno. Ni lo uno ni lo otro, sino una realidad a tener en cuenta como país importante y que no podemos ignorar ni dejar de relacionarnos.

África está «enfrente» y no lo hemos visto. Brasil sí lo ha hecho y tiene relaciones diplomáticas y económicas todavía modestas, pero con perspectivas de futuro. La idea es abrirse al mundo sin exclusiones y sin falsos alineamientos ideológicos, propios del siglo XX y la guerra fría.

La integración TERRITORIAL y económica de nuestro subcontinente es vital para el futuro, igual que

la estabilidad política, la democracia y la vigencia real de los Derechos Humanos. Creo que ya es hora de ir dejando atrás el pasado, con «sus héroes y tumbas», y nuestros pleitos de aldea.

El estrecho de Malaca

En términos geopolíticos, el estrecho de Malaca es la zona o región de mayor tráfico comercial, con casi 80% del intercambio comercial del mundo. En caso hipotético de querer destruir la economía mundial, MALACA es la yugular del mundo, en el entendido de que la economía de los países es fundamentalmente economía de exportación e intercambio.

Siguiendo esta hipótesis catastrofista, los países que más sufrirían serían los más avanzados y EuroAsia: Europa en su conjunto, China, Japón, Corea del Sur. Sin duda, también los países de América y África. Nadie escaparía de la catástrofe.

La libertad de tránsito en los océanos es vital, así como el respeto a las leyes internacionales sobre la materia, lo cual no obsta que las grandes potencias busquen control militar de mares y océanos, como lo hace Estados Unidos con sus aliados, en casi todos los espacios de agua.

Inclusive en MALACA lleva ventaja en la actual coyuntura histórica. Lo que no significa que en algún momento esto no pueda cambiar, pues el cambio siempre ha estado presente.

El imperio norteamericano es una THALASOCRACIA, con su control de los mares y sus «corredores de comunicación estratégicos». En nuestra época, siglos XX y XXI, esos corredores corresponden al mar Caribe y el canal de Panamá; el mar Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar y el canal de Suez; el Atlántico Norte y Sur, y el Indo-Pacífico.

Las grandes guerras se pierden y se ganan a través del control de las rutas marítimas, y las del próximo futuro, además, las ganará quién controle el espacio. No creo ni propicio guerras, pero no veo que la humanidad haya cambiado mucho en esto de los imperios y sus guerras, al hacerse mundiales, nos involucran a todos, la mayoría como simples víctimas.

La guerra es una locura, hoy más que nunca, con armas y medios tecnológicos sofisticados. Pero, cada tanto tiempo, países y mundo se vuelven locos. La mayoría de nosotros podemos enloquecer.

La invasión rusa a Ucrania

Poco después de la agresión armada, y dada su abrumadora superioridad militar, Rusia ha ocupado de manera previsible prácticamente toda la Ucrania oriental, en la frontera con Rusia; buena parte de la costa del mar Negro, y ha cercado la capital, Kiev. La gran novedad es la extraordinaria respuesta de Ucrania, su coraje y su alta moral para resistir al invasor de su tierra y el casi unánime apoyo mundial recibido.

Putin, en términos políticos, debe haber asumido que se equivocó en sus cálculos. Y Rusia, en términos geopolíticos, ha empezado a pagar un alto costo por esta aventura irresponsable.

Por ahora, el «inventario» de pérdidas políticas que se perfilan para Putin y Rusia no es poca cosa.

Pérdida de credibilidad de país que busca la paz.

Unificó a los europeos, política y militarmente.

Decidieron rearmarse y no depender solo de la OTAN para su seguridad y defensa, y aumentar sus aportes para mantener y fortalecer la OTAN. Petición que venía haciendo Estados Unidos hace mucho tiempo.

Ucrania pidió formalmente ingresar a la Unión Europea y recibió apoyo casi unánime del Parlamento Europeo.

La Unión Europea va a revisar sus relaciones comerciales con Rusia y se plantea disminuir su dependencia excesiva del gas ruso.

Las sanciones económicas han sido un duro golpe a la economía rusa, aunque la propaganda lo niegue.

La imagen de Putin se hundió de manera evidente, lo cual debilita el apoyo que tenía, estimula a quienes se le oponen internamente y crece la resistencia a la guerra. Con su liderazgo debilitado no es descabellado pensar en un retiro anticipado del poder.

Ya se iniciaron las negociaciones Rusia-Ucrania para un alto al fuego, lo que es importante, ya que las tropas rusas no avanzarían y el sufrimiento del pueblo ucraniano no se agravaría.

El mundo ha demostrado una gran voluntad de paz. Ojalá esta agresión termine pronto, no se repita, y sea una lección para las llamadas potencias, en cuanto a respetar

la libertad y soberanía de las naciones sin importar su tamaño. Como siempre en este tipo de conflictos, la desinformación y la propaganda ha sido la norma.

Las guerras de Putin

Vladimir Putin lleva más de veinte años en el poder en Rusia. Pasó progresivamente de un poder «blando» a uno cada vez más autocrático y dictatorial. En el poder, es demasiado tiempo para aceptar dejarlo y cada vez se aferra más a él. El poder enferma y, mientras más se aferran a él, entramos en el campo de la psiquiatría.

Putin, en 1999, era primer ministro de Boris Yeltsin, quien lo designa presidente en el 2000. Ya estaba en curso el conflicto de Chechenia, que dura casi una década, hasta que Putin lo controla a sangre y fuego. No es una metáfora: destruyó a «bombazos» la capital, Grozny.

En paralelo se desarrolla la guerra contra el terrorismo islámico, que lleva directo a las guerras del Medio Oriente: Irak, Siria. En este contexto internacional, Rusia y Estados Unidos actúan coordinados hasta el desacuerdo estratégico con respecto a Siria y otros intereses.

En 2008, frente al acercamiento de Georgia a Occidente, Putin la invade. En cinco días «neutraliza» la pretendida occidentalización y amplía su esfera de influencia, con pérdida territorial importante para Georgia. Metodología que aplica en su siguiente aventura bélica en 2014, Crimea, y en 2022 con su invasión a Ucrania.

Putin es un belicista expansionista demostrado. Mucho se ha especulado sobre el porqué de esta política. Algunos analistas lo han abordado centrados en la personalidad de Putin y su ideología. En una perspectiva histórica, pienso que la explicación de fondo está en la propia historia de Rusia. País expansionista acostumbrado al autoritarismo en el ejercicio del poder, sustentado en un nacionalismo telúrico, la Madre-Rusia, de fuerte impronta religiosa y tradicional.

Si quisiéramos utilizar una etiqueta, diríamos que Putin es un conservador-restaurador de la grandeza de Rusia, tanto de la época zarista como de la comunista. Sus personajes históricos emblemáticos son Iván el Terrible, Pedro el Grande y Stalin. Más allá de las diversas épocas e ideologías dominantes, Putin asume a Rusia de manera mesiánica. Un Estado fuerte en un extenso territorio euroasiático de muchas naciones, con lenguas y culturas progresivamente «rusificadas». Una gran potencia con derecho a su parte de mundo, o a todo él como potencia

hegemónica. Intento frustrado con la caída de la Unión Soviética en 1990.

Para Putin, el gran responsable fue Gorbachov, un «hombre débil», según él. Eso explica, a mi juicio, la fuerte alianza con la Iglesia Ortodoxa y cómo, de común acuerdo, reivindican la tradición religiosa e imperial de Rusia. En los años de su primer gobierno, mandó exhumar los restos de la familia imperial, asesinados por los bolcheviques, y la Iglesia Ortodoxa los «beatificó» como mártires. En paralelo, Putin declara himno nacional al vigente en la época de Stalin.

El régimen de Putin condenaba los crímenes de Stalin pero, a la par, lo exaltaba como un gran patriota por salvar a Rusia y convertirla en gran potencia mundial. Como dato curioso, Stalin no era ruso sino de origen georgiano, aunque Georgia era una de las repúblicas soviéticas.

En términos geopolíticos, estas condicionantes históricas terminaron convirtiendo a Putin en el «hombre» de la guerra que conocemos. Su obsesión es la «seguridad geopolítica» y la grandeza de Rusia. Diría, es su ideología dominante. Un autócrata-restaurador y, en parte, eso explica el fuerte respaldo popular que llegó a tener. Las relaciones con Europa han sido el eje dominante de la política exterior rusa y después con Estados Unidos.

Alexis de Tocqueville estableció, ya en el siglo XIX, un paralelismo interesante entre Rusia y Estados Unidos. Ambos países son mesiánicos y se creen destinados a la grandeza. Mientras Estados Unidos se expandía hacia el oeste, Rusia hacia el este, y ambos se encontraron en Alaska. Para aquella época territorio ocupado por Rusia, posteriormente comprado por Estados Unidos.

Putin, en Ucrania, se está jugando su destino político enfrentado a un bloque occidental unido y aparentemente dispuesto a «pararlo». Como siempre, guerra y negocios también se juntan y seguramente terminarán «negociando». El costo mayor lo va a pagar Ucrania, con pérdida territorial y víctimas inocentes.

Más de tres millones han salido de Ucrania para un destino incierto. Se profundizarán los desequilibrios globales y continuará el proceso geopolítico de competencia-confrontación entre Estados Unidos y China, con sus respectivos bloques regionales.

Rusia, con Putin o sin Putin, seguirá «jugando» su rol de gran potencia. Como siempre, en términos geopolíticos, el siglo XXI tendrá que decidir entre convivir en paz, o en y para la guerra.

Economía-Mundo

La globalización o mundialización de la economía parecieran conceptos de última moda, pero realmente el fenómeno del «mercado y el intercambio o comercio» acompaña a la humanidad desde hace milenios.

La autarquía o autosuficiencia económica se pierde en las brumas de los orígenes humanos. Lo cierto es la necesidad de intercambiar para satisfacer nuestras necesidades, en función de una división natural del trabajo y de la producción. Así es como nacen los primeros poblados y ciudades, en sitios y vías de encuentro e intercambio a nivel del trueque o algún tipo de medida de valor equivalente y, con el tiempo, a la invención del dinero y las complejidades financieras en permanente cambio y desarrollo.

Para el mundo griego, las rutas del comercio territorializaban y definían la Ecúmene o tierras conocidas. Largo y complejo proceso de exploración y

encuentro que culmina en 1492, con la incorporación de América al mundo conocido, y en los siglos subsiguientes no hay lugar del mundo ajeno al conocimiento geográfico y a la economía-mundo.

Se puede hablar de economía global desde el siglo XVI. Toda la tierra era incorporada progresivamente al intercambio económico, cada vez más intenso y universal hasta llegar a una INTERDEPENDENCIA absoluta. Ningún país puede prescindir de los otros. La mejor evidencia es que la invasión rusa a Ucrania afecta la economía mundial con fuertes amenazas al crecimiento económico y la estabilidad del sistema geopolítico global.

Los estudiosos tienden a distinguir tres globalizaciones sucesivas y vinculadas, con características propias cada una.

1. La primera globalización se ubica en los siglos XVI y XVII, la época de los «descubrimientos», viajes y exploraciones que dan, a algunos países europeos, protagonismo global y supremacía económica consolidada en los siglos XVIII y XIX.
2. La segunda globalización, con la llamada revolución industrial, o revoluciones burguesas para la historiografía marxista, permitió a Europa establecer su poder y dominio en todos los continentes, durante los siglos XVIII y XIX.

3. La tercera globalización sería la de los siglos XX y XXI, en curso, que implicó la gran crisis europea de las dos guerras mundiales y la aparición de dos superpotencias hegemónicas y antagónicas: Estados Unidos y la Unión Soviética. En las últimas décadas incorpora a China, para configurar un triángulo de poder mundial con sus inevitables tensiones y conflictos. La globalización en curso está marcada de manera decisiva por las estructuras e intereses financieros y tecnológicos globales.

Como conclusión, pudiéramos decir que la globalización, mundialización o economía-mundo, cada día se va a acentuar más y ello es inevitable porque es inherente y necesario a todas las economías. La humanidad ha descubierto, de manera pragmática, que habitamos la misma CASA COMÚN y sus problemas nos afectan a todos: pandemia, cambio climático, problemas demográficos, migraciones, desplazados, pobreza. Cuya marca dominante son las desigualdades crecientes y las violencias de todo tipo.

El mundo es uno y diverso, como lo es la condición humana en términos antropológicos y culturales. Pero nuestras problemáticas interconectadas nos acercan y más las soluciones requeridas.

¿América Latina?

Una región histórica y cultural, de México a la Patagonia, incluido el Caribe, no tan homogénea como se cree, donde subregiones y naciones tienen marcadas diferencias de todo tipo.

El término se acuñó en el siglo XIX y era una definición por contradicción al mundo anglosajón del continente, en particular Estados Unidos, en pleno proceso de expansión territorial imperialista.

Terminó siendo un concepto útil, en términos políticos e ideológicos, en particular para los sectores marxistas en la confrontación USA/URSS. Previamente la utilizaron nuestras elites intelectuales, fuertemente europeístas, en particular los llamados «afrancesados» de la geopolítica.

Contrariamente a lo que se cree, somos un subcontinente fuertemente dividido. Más allá de discursos oportunistas de hermandad continental y

unidad, el intercambio comercial entre nuestros países es de apenas 11% (Fuente: ALADI-Sergio Abreu).

Uno de nuestros dramas es el «negacionismo histórico». Insensato empeño de negar los tres siglos coloniales y su impronta cultural e identitaria. Igualmente, la persistencia del mito indigenista «del buen salvaje», a pesar de que nuestros sectores indígenas, después de dos siglos de República, siguen siendo comunidades en abandono.

América Latina, en términos sociales y culturales, no termina de asumir la herencia cultural moderna liberal-ilustrada y su consecuencia más progresista, como lo es el desarrollo tecnocientífico, economía abierta en equilibrio entre «mercado y estado», un sistema político menos estatista y autoritario y más comprometido con la libertad, la democracia, los derechos humanos y el desafío ambiental y climático.

Sectores importantes de nuestras elites y de nuestra sociedad siguen en las inercias del anacronismo. Unos por codicia, los otros por ignorancia y fuertes carencias materiales y educativas.

Nuestro principal desafío sigue siendo el desarrollo sostenido de toda la sociedad y la disminución de grandes desigualdades que nos dividen y fomentan todo tipo de violencia y anarquía, cada tanto tiempo. Y con

Hay un nuevo sheriff en Washington: Año I

ello se retroalimenta a los demagogos, el populismo y la tentación autoritaria.

El mundo que viene, que ya está aquí

Una nueva guerra fría de larga duración, entre Estados Unidos y China, y una tercera potencia nuclear disminuida, Rusia. En este escenario global INTERIMPERIAL de agresiva competencia, el principal problema va a ser evitar el holocausto nuclear.

La globalización tecnológica y financiera, y los mercados globales, van a seguir existiendo en paralelo al resurgimiento del nacionalismo, a pesar de la mengua histórica del Estado-Nación. Y el cambio climático, todas sus implicaciones y derivaciones, van a dominar de manera creciente la agenda internacional, porque nos afecta a todos en el planeta. En particular la transición a energías no fósiles.

La economía, como siempre, en sus ciclos recurrentes, va a crear mucho ruido y dolor. En particular en la actual coyuntura de amenaza cierta de recesión e inflación en casi todos los países.

Llegamos a ocho mil millones de habitantes, la mayoría en Asia, pero el continente de mayor crecimiento poblacional es África, próximo a duplicar su población. En el resto de los continentes la tendencia es a un crecimiento moderado, incluidos nosotros, en América Latina. Y en Europa a retroceder en población.

Somos ocho mil millones y el apocalipsis no se dio. Los catastrofistas o profesionales del juicio final vuelven a fallar en sus pronósticos. Si algo ha demostrado la humanidad es su creatividad frente a las crisis, particularmente en las sociedades abiertas y de libertad. Las crisis, históricamente, son desafíos. Lo que Arnold Toynbee llamó la teoría «reto-respuesta», para explicar el surgimiento de las grandes civilizaciones.

El mundo siempre está en evolución y conflicto, y la primera impresión es un gran desorden general: especie de «Caos-Landia». Pero, en una perspectiva histórico-geopolítica, vemos como en el mediano-largo plazo todo, o casi todo, tiene sentido y responde a un orden de intereses bastante racionales y objetivos.

En el análisis del corto plazo nos hundimos en la subjetividad de nuestras creencias, prejuicios, emociones y pasiones. Su causa principal es nuestro presentismo de memoria corta o inexistente, que conlleva la inexistencia de una consciencia histórica, individual y colectiva. Solo el

conocimiento del pasado permite avizorar el futuro. Y el futuro no es un problema de brujos y adivinos, sino de visión y proyección racional desde el presente real y objetivo.

En América Latina, y quizás en otros países, el principal problema es nuestro anacronismo como sociedad, Estado y gobierno. El futuro, para nosotros, tiende a estar guiado por el retrovisor. Un buen ejemplo es la problemática de nuestros indígenas: se les mantiene en la marginalidad y miseria en el siglo XXI, mientras se les exalta en el siglo XVI. Igual sucede con los pobres y la pobreza, se les promete todo mientras arruinamos la economía y los volvemos más pobres.

Ni han leído a Marx. El socialismo prometido en la teoría marxista es posterior al periodo capitalista próspero y de acumulación de capital. Después de dos siglos, si hay una lección demostrada es que la economía de libre mercado es la que mueve y hace crecer la economía. Paso previo necesario para empezar a resolver los problemas estructurales de la pobreza en nuestras sociedades.

Me gusta hablar más de economía social de mercado, para remarcar el sentido de servicio y solidaridad que debe tener la economía. El mundo sigue, la vida y la historia no se detienen, y pretender reducirlas a ideologías y doctrinas particulares no es más que una expresión de nuestra minoridad.

Maquiavelo y la política

Reflexionando sobre el político y la política, lo primero que se me plantea es por qué la mala fama de este oficio. La política, como la prostitución, existen desde siempre. Parecen ser oficios necesarios para el funcionamiento de la vida social, aunque no tengan buena fama. A las prostitutas en la antigua Grecia, al parecer, las llamaban «las esposas de la ciudad». El político y el gobernante también se ocupaban de la ciudad, a su manera.

Para Platón y Aristóteles, la política era cosa de personas virtuosas y preparadas para el buen gobierno, y todo ciudadano estaba obligado a ocuparse de la política. En caso contrario, se impone el desorden y la tiranía. En los siglos siguientes prevaleció esta concepción idealista de la política y su deber ser.

Hay que esperar a Maquiavelo, 1469-1527, para que alguien se atreva a escribir lo que todos sabían. Que lo usual y real era el político rapaz y tiránico, y que la política era un campo de batalla: «La guerra con otras armas»...

Maquiavelo usa la figura del león y el zorro para caracterizar al político, y a la política como combinación de «fortuna y virtud». Entendiendo por fortuna, la suerte y el azar; y, por virtud, la ambición o voluntad de poder, sin otro límite que la propia ambición y codicia: El fin justifica los medios.

Intentar el bien, o cualquier otro medio si así lo exige la conquista del poder y su conservación. El político de Maquiavelo, tal como los que estudió en los libros de historia, y los que conoció en su experiencia política, mentía, simulaba, engañaba, era cruel y ejercía todo tipo de violencia si era necesario.

Hoy esto suena exagerado o superado. Podría ser, dada la evolución civilizatoria de la política. Además, como apunta Gramsci, el «príncipe» hoy no es un individuo, sino los partidos de masas o grupos de poder en pugna y sistemas políticos más reglamentados y complejos. Y, en los sistemas democráticos, con más controles.

Realmente Maquiavelo es un observador de lo «real» y sabe que el político «debe saber contemporizar con los acontecimientos». Que en política no hay amistad ni lealtad y que un político vale no por sus intenciones, sino por sus resultados. Que ofender al pobre no es grave, pero sí a los poderosos.

Maquiavelo, con sus lecturas y su experiencia política, termina por asumir una idea de la condición humana bastante negativa. Un príncipe debe ser amado o temido, se pregunta Maquiavelo y se contesta él mismo: lo ideal sería ser amado y temido, pero si no es amado, que sea temido. El político no confía en nadie porque piensa que de «los hombres en general se puede decir esto»: que son ingratos, volubles, simuladores y disimulados, que huyen de los peligros y están ansiosos de ganancias; mientras les haces bien, te son enteramente adictos, te ofrecen su sangre, su caudal, su vida y sus hijos, cuando la necesidad está cerca; pero cuando la necesidad desaparece, se «rebelan».

Maquiavelo no se hace ilusiones sobre la naturaleza humana y recomienda al príncipe que actúe en consonancia con ello. Nuestro autor se inspira en la tradición griega, que atribuye la educación de Aquiles al centauro Quirón:

«Tener por preceptor a un maestro mitad bestia, mitad hombre, no quiere decir otra cosa sino que un príncipe necesita saber usar una y otra naturaleza y que la una sin la otra no es duradera». El príncipe de Maquiavelo no tiene otra moral que sus intereses y conveniencia, y para ello recomienda «no apartarse del bien, mientras pueda, sino a saber entrar en el mal, cuando hay necesidad».

Estas ideas escandalizaron a su tiempo y siguen escandalizando, pero no hay político ni gobernante que se respete que no haya leído a Maquiavelo, quien trató de ver la política y el gobierno como lo que es, y no como debería ser.

La política para Maquiavelo es la lucha por el poder, alcanzarlo, mantenerlo y legarlo. El bien general es subordinado al bien particular, de uno o de pocos. Ambición y codicia tienden a tipificar y explicar la conducta del político y el gobernante.

Para Maquiavelo la política no debe confundirnos con respecto a los intereses reales de sus oficinantes: los políticos. Casi siempre muy alejados o contrarios del interés general o bien común, como diríamos hoy.

Guerra y paz

La violencia y la guerra han acompañado a la historia humana desde siempre. Y esa realidad llevó a decir: «La paz no es más que un periodo entre dos guerras» o «Si quieres las paz, prepárate para la guerra». Incluso en la época de las armas nucleares se habla de «disuasión», por el simple hecho de evitar un irracional apocalipsis global. Todos los países se siguen armando, continúa la fabricación de todo tipo de armas, accesorios y su comercio alimenta toda una economía: De la guerra, por la guerra y para la guerra.

La violencia de todo tipo, y la guerra como su manifestación más extrema, tienen que ver con un mundo profundamente desigual y plagado de injusticias, e ideológicamente soportado por una verdadera cultura de la muerte que, a su vez, se sustenta en ideologías políticas y religiosas fanáticas, sectarias e intolerantes.

Muchos, a nivel personal, repudian la guerra pero al mismo tiempo se encuadran en posturas colectivas que propician guerras, como el llamado «nacionalismo». Ideología dominante en el mundo actual, reminiscencia del clan y la tribu como identidad excluyente de lo diverso y lo diferente.

Si damos un vistazo a cualquier época, encontramos guerras por cualquier motivo. En el siglo XX, dos guerras mundiales y muchas localizadas en todos los continentes. En este siglo XXI, que apenas comienza, hay varias en pleno desarrollo y una muy publicitada, la invasión rusa a Ucrania, porque en ella, directa o indirectamente, están involucradas las grandes potencias del planeta.

Una guerra que nadie quiere perder pero que tampoco nadie puede ganar, debido al riesgo nuclear. Ucrania lo ha hecho muy bien, pero su pérdida territorial va a ser inevitable, además del costo en vidas humanas y la destrucción material.

El principal desafío del siglo XXI es la paz, como nuevo orden mundial deseable y necesario. Pero desmontar la cultura y la industria de la guerra no va a ser fácil. Debe ser el empeño dominante, a menos que queramos seguir apostando al apocalipsis general de una guerra nuclear.

Imperios y naciones: choques geopolíticos

La historia es multiforme y dinámica, pero la llamada historia universal no es otra cosa que el conflicto permanente entre clanes, tribus, pueblos, naciones y Estados. Casi podría decirse que es una ley de la historia: la dialéctica de la confrontación por el poder y la riqueza. Siempre hay alguien o algunos que desean o codician algo o algunas cosas que otros tienen. Esta es, por lo menos, la visión que tiene Hegel de la historia universal.

En términos empíricos y fenomenológicos, es fácil de observar en todo tiempo y lugar de la historia humana. En el llamado mundo occidental, el primer gran conflicto geopolítico fue en torno al Mediterráneo y las tierras adyacentes.

Tenemos a los antiguos egipcios, a los fenicios, griegos, cartagineses y romanos que, en épocas diversas y sucesivas, pugnaron por el control de esa vasta zona y sus

recursos, incluidos la provisión de esclavos, necesarios para la economía de la época.

Así se desarrollaron las diversas thalasoocracias, control efectivo de las rutas comerciales básicamente mediterráneas, hasta la hegemonía definitiva en la época del llamado imperio romano.

Después vino el conflicto geopolítico, con fuertes tintes ideológicos y religiosos, entre el mundo cristiano y el mundo islámico, por el control del Mediterráneo. Y así desembocamos en la modernidad, con monarquías absolutistas, cuando básicamente España, Inglaterra y Países Bajos se disputan el control de las rutas atlánticas, incluida la disputa por las nuevas tierras de América, desde 1492, y la colonización imperial de toda la tierra.

Esto nos sitúa en la contemporaneidad de los siglos XX y XXI, historia mucho más conocida por la mayoría ya que es nuestro propio tiempo. Como es sabido, en sus comienzos el siglo XX es absolutamente eurocéntrico: la disputa por el control de Europa determinaría el control del mundo. Y, más allá de particularidades locales, regionales o nacionales, era teoría común aceptada que la lucha por la hegemonía mundial estaba determinada por la supremacía en Europa, en lo que se empeñaron Inglaterra, Alemania, Francia y Rusia, entre otros. En términos estratégicos generales, esta es

la explicación —diríamos— base, no única; de las dos guerras mundiales con los resultados conocidos.

De la llamada gran crisis europea de la primera mitad del siglo xx emergen dos potencias: Estados Unidos y la Rusia soviética. Y así fue como, en 1945, finalizada la guerra, hay un reparto del mundo en función de intereses e influencias, lo que habitualmente se fue conociendo como el «bloque soviético» y el «bloque occidental o norteamericano».

La gran novedad de esta confrontación global eran las armas nucleares, que hacían muy difícil y peligroso dirimir la hegemonía a través de una guerra total, ya que esa hipotética guerra global no la ganaría nadie y la perderíamos todos.

Sobre este principio del terror atómico, de un eventual apocalipsis nuclear, se fueron creando las bases de una coexistencia pacífica que realmente era, y así se le conoce, como una guerra fría. Una confrontación a nivel global: ideológica, económica, política, con mucha violencia o guerras locales, pero siempre evitando cruzar la línea roja de la confrontación directa entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

En 1989, con la caída del muro de Berlín y en curso la política de Gorbachov de la Glasnost y Perestroika, implosiona la Unión Soviética. Se separan varias

repúblicas de Rusia y esta queda redefinida con reducción territorial y pérdida de influencia global sin dejar de ser una potencia nuclear. A partir de estos hechos, es en las últimas tres décadas cuando se puede hablar de un nuevo orden mundial. Una reestructuración total de la geopolítica global y las respectivas zonas de influencia, con la emergencia de un nuevo poder en disputa por la hegemonía: China y diversas subpotencias regionales que intentan extender su influencia e intereses.

Como humanidad, el siglo XXI nos vuelve a encontrar atrapados en la permanente amenaza nuclear y en un nivel de incertidumbre e inestabilidad acentuado. Su mejor expresión es el conflicto en Ucrania, donde se han evidenciado todos los intereses y todas las contradicciones del mundo actual, en esta dinámica de poder y dominio entre algunos pueblos y algunas naciones.

Desglobalización

La palabra globalización se impuso comunicacionalmente en las últimas décadas y hasta suscitó fuertes polémicas a favor o en contra. Existe, sin duda, una globalización financiera y de negocios, e internet ha permitido acelerar todos los procesos de conexión, comunicación e integración.

La globalización va rápido, pero no es tan novedosa como se piensa. El comercio existe desde hace milenios y los caminos del comercio han sido, y son, los caminos de la civilización, pero también de los conflictos entre pueblos, naciones, estados.

En el mundo griego se hablaba de la «ecúmene» como el mundo conocido, que dejaba por fuera tierras, mares y océanos todavía ignorados o no-conocidos. Hay que esperar a 1492 con el «descubrimiento» del «Orbe Novo», poco después llamado América, en 1508; y 1528, con la circunnavegación de la Tierra y los años

sucesivos (siglos XVI y XVII), para hablar en propiedad de un espacio económico realmente global o economía-mundo.

Esta mundialización de la economía no ocurre en un espacio vacío ni ajeno a intereses de dominio y control. De allí la caracterización geopolítica e historiográfica de los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX, como los siglos del colonialismo y del imperialismo: portugués, español, francés, holandés, inglés, ruso, norteamericano. Lo que nos permite decir que cuando se habla de globalización, se habla de un poder dominante, básicamente europeo sobre el resto del mundo.

En el siglo xx, la globalización terminó siendo un conflicto entre Estados Unidos y la URSS por el predominio y, a partir de la implosión de la Unión Soviética (1990), se asumió que Estados Unidos «gana» y la globalización se hace plenamente norteamericana. O, como la asume Fukuyama: «El fin de la historia».

Esta ilusión duró poco. En menos de veinte años el mundo comienza a reconfigurarse con la emergencia de China como potencia económica y competidor principal, y la redefinición de los nuevos espacios geopolíticos con viejos y nuevos actores. Están las potencias económicas globales y regionales, los poseedores de armas nucleares y las diversas y cambiantes alianzas.

Se está cancelando el viejo orden eurocéntrico por un Nuevo Orden Mundial, un proceso de larga duración y que, casi seguro, va a definir los principales conflictos en el siglo XXI. De allí la importancia de la claridad conceptual para entender lo que viene y va a seguir sucediendo en nuestro tiempo en curso.

Muchos no logran entenderlo, aferrados a los esquemas, teorías y paradigmas del pasado, en particular los que siguen dividiendo el mundo entre marxistas y antimarxistas, y que, en el plano político-ideológico, todo lo reducen a esa dialéctica agotada de izquierda y derecha.

La realidad es mucho más compleja y dinámica que lo que se piensa. Mientras la historia avanza, la cultura, las teorías y cada uno de nosotros se va quedando atrás. Además, la tecnociencia no nos da respiro. Ni hablar de la sobreabundancia comunicacional, la confusión y el desconcierto general.

Pero, al mismo tiempo y de manera paradójica, las cosas no cambian tanto como a veces llegamos a creer. Las grandes religiones siguen allí, a pesar de que cierto ateísmo científico y filosófico hablaba, en siglos pasados, que terminarían por desaparecer.

Igual con las naciones y el nacionalismo. Vuelve a plantearse la necesidad de que muchos problemas se

intenten resolver a nivel local y nacional, a pesar de visualizarse y plantearse como problemas globales. Por ejemplo, el ámbito primario de solución la pobreza en general, y del hambre, sigue estando en cada nación. Y así otros muchos problemas y problemáticas.

Es en este sentido que hablo de desglobalización, pero igualmente me refiero a las dificultades crecientes de Estados Unidos en preservar su primacía. Tanto por los desafíos externos como internos, quizás estos últimos más difíciles de manejar por ser una sociedad fragmentada etnoculturalmente, fuertemente dividida políticamente y sometida a la fuerte tentación de aislarse y amurallarse; teniendo, como tiene, grandes compromisos, responsabilidades e intereses.

La globalización financiera y tecnológica, las vías de comercio e intercambio y la cultura consumista y cosmopolita de las grandes urbes continuarán. Pero, en términos históricos, el progreso hay que entenderlo como flujo y reflujo, como la marea y las olas.

Igualmente no todos los pueblos, sociedades y culturas van al mismo ritmo del cambio y no todos los sectores y estratos de cada sociedad participan de la misma mentalidad. No somos tan unidimensionales como nos pensó cierta teoría sociológica del siglo xx.

Putin se equivocó en Ucrania

En términos geopolíticos, el nuevo conflicto en Medio Oriente forma parte del ajedrez bélico desencadenado con la invasión rusa a Ucrania. Por un lado, EE.UU./OTAN y aliados; por otro, Rusia, Irán y aliados.

Detrás de todos los golpes de Estado en los últimos dos años en África Central ha estado Rusia y su brazo operativo: el Grupo Wagner. En el actual conflicto Palestino-Israelí, los brazos ejecutores son Hamás y, en una escalada, Hezbollah, talibanes e iraníes. Rusia desestabiliza otras regiones porque quiere acabar pronto la guerra de desgaste que sufre en Ucrania. Putin se equivocó al invadir Ucrania y cada vez está más enredado en su propia madeja.

Volviendo al conflicto Palestino-Israeli, es una guerra abierta y en fases, que comenzó en 1948. Ambos pueblos han pagado un alto costo y lo siguen pagando. Lo racional sería la convivencia en función

de la realidad: los palestinos tienen derecho a ser un país e Israel también.

La guerra no es un juego. Muchos sufren y muchos mueren, civiles y combatientes. Al final gana no el que tiene razón sino el más fuerte. En el caso de Ucrania, los rusos le quitaron Crimea, controlan el 20% del territorio ucraniano y casi el 80% de sus costas. Si no hay cambios significativos, cuando la guerra termine Ucrania queda amputada, como sucedió a México en el siglo XIX y ambos pueblos pagan un alto costo.

Las guerras siempre son trágicas e insensatas, pero la humanidad todavía no ha aprendido a evitarlas. De allí el valor supremo de la PAZ, aunque a veces parece una ilusión.

En la actual escalada palestina contra Israel, esta tiene el argumento supremo «del derecho a la defensa», igual que los ucranianos. Y si las cosas suceden como es previsible, la respuesta israelí va a ser feroz. La paz en el Medio Oriente mucho va a depender de los acuerdos chino-norteamericanos y la conducta de los gobiernos de la región, en particular Irán, Arabia Saudita y Turquía, junto a la Comunidad Europea.

El resto del mundo, fuertemente condicionados por las ideologías y la propaganda, asumirá su simpatía por uno u otro, más allá de lo real y lo racional. Si el

mundo no se despolariza, en el siglo XXI la tercera guerra mundial es bastante probable. Y con los arsenales atómicos y nucleares que existen, hablar del suicidio de la humanidad se convierte en una amenaza real.

En lo personal, condeno el terrorismo y la violencia, así como la respectiva responsabilidad de los dirigentes y los gobiernos. Pero no soy ingenuo. Respeto la realidad de los hechos y he tratado de comprender las guerras. Para el mundo griego, la guerra era lo real-inevitable y por ello la palabra paz significaba «tregua», un periodo entre dos guerras. Eso no ha cambiado, pero con las nuevas armas o hay paz o estaremos convocando el apocalipsis.

El gobierno venezolano, alineado con una de las partes, por razones ideológicas y políticas, comete un grave error geopolítico. Somos un país plural y pacífico, y por razones históricas, culturales y geopolíticas, nos conviene no militar en ninguno de los bandos chinos-rusos-norteamericanos. No hay imperio bueno ni imperio malo, y cada país defiende sus intereses. Defendamos lícitamente los nuestros, que son los intereses de todos los venezolanos, de la Nación y del Estado.

A nivel personal, cada uno piensa y cree en lo que quiera, pero un gobierno debe representar a la Nación y al Estado, no a una parcialidad ideológica y política.

Transición democrática en Brasil

Si asumimos la necesidad de construir nuestra propia transición a la democracia, es bastante útil conocer experiencias semejantes en otros países. En el entendido de que son tiempos y circunstancias diferentes, no existe una receta pero sí aprendizajes.

En el caso brasileño, su crisis política, que desemboca en un golpe de Estado, se da en la convulsa América Latina de los años 60 del siglo pasado, en plena guerra fría y exacerbada por el «castro-comunismo». El 31 de marzo de 1964, las Fuerzas Armadas sacan del poder al presidente Joao Goulart, después de casi dos años de manifestaciones y violencia anarquizante, como respuesta a la crisis económica, la inflación y la acerba polémica política.

Las Fuerzas Armadas brasileñas se hicieron con el poder directo hasta 1985, cuando las fuerzas democráticas, unidas, logran un triunfo electora. Pero

donde la negociación con la dictadura siempre estuvo presente. En particular en los años previos a la vuelta a la democracia.

Cuando se le preguntaba a los líderes de la transición sobre la experiencia vivida, todos coincidían en la importancia de los partidos políticos, la movilización social y sindical. Y a que nunca abandonaron ningún espacio de participación, como por ejemplo el electoral a cualquier nivel, a pesar del ventajismo y manipulación de la dictadura.

Aquí quiero detenerme para la autocritica necesaria al momento en que, en Venezuela, optamos por la abstención. Error reiterado que cometimos y agravamos cuando algunos sectores privilegiaron los factores internacionales a la resistencia interna. En el caso brasileño, se evitaron ambos errores. No practicaron la abstención electoral y estaban claros en que la resistencia al régimen autoritario tenía que darse desde adentro y sin impaciencia ni extremismos.

El discurso opositor era de permanente denuncia de la dictadura pero evitando agraviar a la institución militar como tal. Igualmente, siempre se estuvo cerca y en contacto con la gente, sus problemas y aspiraciones. Se hablaba de justicia, pero también de reconciliación y se entendía que el paso a la democracia solo era posible con

el respaldo masivo de la gente; con liderazgos moderados que no alimentaran los temores y la desconfianza de los militares.

El caso de Brasil fue exitoso por la moderación, la coherencia y la constancia del liderazgo opositor; pero también fue importante la apertura política del gobierno militar en su última etapa. Y, con ello, la vuelta a la democracia se asumió desde la necesaria gobernabilidad posterior a la dictadura.

En paralelo, se atendió la problemática económica, en particular la inflación, con criterios técnicos y no políticos ni ideológicos. Así mismo, se convinieron acuerdos políticos para las reformas legales y constitucionales necesarias. Esta moderación y progresividad se ha visto recompensada por los gobiernos sucesivos y su éxito en cuanto a estabilidad política y economía en desarrollo. Lo que ha permitido afrontar diversas crisis, inclusive la destitución de dos presidentes.

Volver a la democracia no es un valor absoluto de paz y bienestar, pero sí una garantía cierta de pluralismo y respeto al Estado de derecho, al orden constitucional, la vigencia y el respeto de los derechos humanos; y a que el hecho de disentir o ser opositor no te lleve ni a la cárcel ni al exilio. Brasil es nuestro vecino y lo logró. Nosotros también podemos lograrlo.

América Latina y sus democracias

La idea y el concepto de democracia forma parte del pensamiento griego, como expresión del sistema político en Atenas, particularmente en la época de Pericles. Lo expresa el propio Pericles en un discurso que recoge el historiador Tucídides en su libro *La guerra del Peloponeso*. Pero realmente la democracia que conocemos se corresponde con el desarrollo del pensamiento liberal y de la Ilustración, y sus hitos más publicitados han sido el parlamentarismo inglés del siglo XVII; el nacimiento de la república norteamericana y la revolución francesa en el siglo XVIII; y todo el desarrollo posterior en los siglos XIX y XX.

En América Latina, las ideas liberales son conocidas y, de hecho, son el sustento doctrinal y constitucional de nuestros procesos emancipadores y su posterior desarrollo republicano. Ahora, si asumimos el criterio

del «sufragio universal», los primeros en adoptarlo fueron: Ecuador en 1924, Uruguay en 1927, Venezuela en 1947, El Salvador en 1950, Argentina en 1951, Bolivia en 1952 y México en 1953.

Es importante tomar en cuenta que la democracia, a partir del sufragio universal, a nivel global, es historia reciente, centrada en el siglo xx. Anteriormente el voto era restringido a una minoría, usualmente propietarios, y el propio sistema electoral y sus vicios y abusos restringía aún más el voto.

Por problemas de «espacio» no se puede hablar de la democracia en cada país, pero puede ser útil referirme a Venezuela y concluir con algunas consideraciones generales sobre la democracia.

La democracia es una tarea pendiente en nuestro país: recuperarla y evitar los errores del pasado. Si se asume el criterio del sufragio universal, directo y secreto, en Venezuela empezó en 1946 con un Decreto de la Junta de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt y aprobada como Ley, en 1947, por el Congreso de la República. La democracia se pierde entre 1949 y 1958, y no volveremos a tener elecciones confiables hasta el 2013. A partir de allí, el sufragio y el sistema electoral no genera mucha confianza en el electorado por razones conocidas por los venezolanos.

La democracia es mucho más que votar, pero su legitimidad comienza allí, en el acto soberano del ciudadano que elige. Para el proceso electoral de 2024, presidencial y con mucha probabilidad para elegir gobernadores y alcaldes, el CNE vuelve a ser conformado por una mayoría progubernamental, 3 a 2. A pesar de ello, hay una posibilidad de participación de la oposición con la confianza de poder movilizar tantos electores, que el amenazante y potencial fraude no pueda funcionar. Esta posibilidad es nuestra mejor opción. Una transición electoral a la democracia recuperada y necesaria, para volver a reunir al país, en su pluralidad política e ideológica, sin exclusiones.

Lo anterior es necesario para garantizar la gobernabilidad y la recuperación económica, y para afrontar positivamente las soluciones que hagan falta en el ámbito social, infraestructura y servicios, destruidos y en precariedad.

La Democracia es un valor civilizatorio. Un sistema político imperfecto, pero perfectible, cuyos pilares son el Estado de derecho real, no solo declarativo. Al igual que los Derechos Humanos y el Bien Común.

EL Apocalipsis aún no es

El Apocalipsis, como amenaza histórica, cada tanto tiempo aflora en la historia de la humanidad, en particular en tiempos de desorden y confusión como el actual. Pero no hay que dejarse confundir por el presente y ver la historia en perspectiva de «larga duración». La crisis global en desarrollo tiene sus raíces profundas en lo que pudiéramos llamar la crisis del orden mundial a partir de la disolución o colapso de la Unión Soviética (1990).

Pero, a su vez, hay raíces más profundas y anteriores. Lo que Spengler llamó «La Decadencia de Occidente» y Emmanuel Mounier identificó como «Miedo al siglo XX». Es la crisis de la idea de la utopía, con su idea racional de progreso como ley inexorable de la Historia. La respuesta real fue guerras mundiales, primera y segunda, que responden a las mismas dinámicas de confrontación de los poderes geopolíticos de la época.

En paralelo, se desarrolla un conflicto ideológico-político entre democracias y su contraparte totalitaria, en sus tres versiones: comunista en Rusia, 1917; fascista en Italia, 1923; y nazi en Alemania, 1933. Terminada la segunda guerra mundial en 1945, en Yalta se «diseña» el Nuevo Orden Mundial, que no es otra cosa que el reparto del mundo en zonas de influencia del dominante imperio británico, que está de salida, y los dos imperios emergentes, el norteamericano y el soviético, una prolongación del estado zarista ruso.

En otra perspectiva de comprensión, y en una dimensión más amplia, el mismo proceso geopolítico terminó siendo el comienzo del fin del eurocentrismo que, empezando el siglo XXI, es una agonía sin retorno. No porque Europa deje de ser importante en términos relativos, sino porque el mundo es otro, más global, cuyos centros imperiales dominantes se han desplazado, demográfica, económica, tecnológica y, militarmente, a EuroAsia, Indo-Pacífico y Norteamérica.

Sudamérica, África, Asia Central, Sudeste asiático y Medio Oriente, por mucho tiempo van a seguir siendo periferias neocoloniales de los poderes dominantes, en particular Estados Unidos y China.

El siglo XXI, en términos geopolíticos, va a estar definido por esta competencia INTERIMPERIAL. A

nivel regional, potencias emergentes como Turquía, Sudáfrica, Arabia Saudita, Irán, Israel, Brasil. Nada nuevo bajo el sol. Cambian los actores y las ideologías, pero el conflicto siempre es alimentado por lo que Hegel llamó la dialéctica del amo y el esclavo: la lucha o contradicción entre necesidad y libertad.

Vivimos un cambio de época en pleno proceso acelerado en todos los órdenes, que obliga a un cambio de paradigmas. Aunque en la práctica, en esta incipiente postmodernidad, en muchos países lo anacrónico sigue siendo dominante. Traje moderno y a la moda, y mentalidades y culturas tradicionales. Economía global y sociedades urbanas cosmopolitas en convivencia con fanatismos de todo tipo o nuevas ideologías. Aldea global y tribus locales.

Estamos en presencia del desarrollo de un Nuevo Orden geopolítico mundial, cuyo principal desafío es disminuir las desigualdades de todo tipo y evitar un apocalipsis nuclear. Todo «nuevo orden» presupone una etapa de «(des)orden» que incluye caos y violencia exacerbada. Es lo que estamos viviendo en las últimas décadas, con conflictos y guerras de todo tipo, en particular las más visibles mediáticamente, como la provocada por la invasión rusa a Ucrania y el polvorín del Medio Oriente.

El apocalipsis, en términos históricos, es poco probable en un plazo previsible. Pero su sombra y su amenaza son reales, en la medida que la ciencia y la tecnología hizo posible el arma atómica, su subsecuente proliferación y los desarrollos destructivos posteriores.

Por primera vez en la historia humana tenemos la posibilidad técnica de destruirnos como especie. Nunca, como ahora, la paz ha sido una necesidad imperativa y nunca, como ahora, nos toca ser responsables en todo sentido. La historia, la política, la economía, nuestra conducta individual y colectiva, tienen límites éticos y morales que también son imperativos.

Ucrania-Taiwán: ¿guerra mundial en puerta?

Todo es posible. No sería la primera vez que la humanidad decidiera suicidarse. En el corto y mediano plazo, no veo probable una confrontación directa entre China y los Estados Unidos porque, por ahora y en las próximas dos décadas, Estados Unidos pudiera perder su primacía de potencia mundial.

Además, en los actuales escenarios políticos norteamericanos, da la impresión de no existir una voluntad política de confrontación definitiva, a nivel nuclear, ni con China ni con Rusia ni con ninguna otra potencia. Al contrario, mi percepción es el desarrollo de algo parecido a la guerra fría del siglo XX, que terminó siendo lo que se llamó coexistencia pacífica o equilibrio del terror.

Una guerra nuclear general nadie la gana y toda la humanidad pierde. Lo que se visualiza es el desarrollo

de un nuevo orden mundial, con una primacía de los Estados Unidos y el desafío chino en desarrollo, tanto en el campo económico como en el tecnocientífico y militar.

El mundo bipolar del siglo xx termina con el colapso de la Unión Soviética en 1990 y, después de un breve periodo hegemónico norteamericano, que Francis Fukuyama identificó como el fin de la historia, se pasó rápidamente a un mundo multipolar de viejas y nuevas potencias. En particular por la existencia de los países con poder nuclear y los aspirantes a tenerlo.

La geopolítica mundial, o lo que tradicionalmente se ha llamado las relaciones internacionales, siempre está en movimiento. En función de ello, en la actual coyuntura de acomodos y reacomodos, se están redefiniendo las relaciones globales a partir de realidades regionales y nacionales.

El futuro va a estar marcado por este juego de tronos donde la economía, la tecnociencia y el poder militar hacen la diferencia. Si el siglo xx fue el siglo del fin de las utopías, el siglo XXI se nos está presentando con escenarios y perspectivas cada vez más distópicas.

La derrota estratégica de Putin

En la perspectiva del corto plazo, Rusia logra robarle a Ucrania el 20% de su territorio y buena parte de sus costas. Pérdidas considerables, además de la destrucción de parte de su infraestructura y economía. Sin contar con la pérdida de vidas, muchos de ellos civiles. El costo para Ucrania es brutal y trágico. Sin el apoyo de la OTAN y otros países, y su propio coraje, esta guerra no tenía futuro para Ucrania. Pero, a pesar de las pérdidas, han resistido y siguen combatiendo.

Igualmente, Rusia ha recibido lo suyo, no en territorios, pero sí en términos estratégicos de corto, mediano y largo plazo. Vive una guerra de desgaste y ha mostrado sus debilidades en materia bélica. Se ha aislado de buena parte del mundo, ha perdido su principal mercado europeo en gas, petróleo y otros productos. Se ha visto obligada a depender cada vez más de China, su tradicional rival histórico y, con ello, deja de ser la segunda potencia mundial. Sin su arsenal nuclear,

Rusia es un «tigre de papel, con colmillos nucleares». Además, Putin ha quedado al descubierto como el autócrata que siempre ha sido y, por si fuera poco, ha logrado fortalecer a la OTAN cómodamente instalada en su frontera, tanto por el ingreso de Finlandia como por el próximo de Suecia, ya que Turquía dio su visto bueno y solo falta Hungría.

Otra derrota estratégica es el ingreso probable a la Comunidad Europea de Moldavia, Georgia y la propia Ucrania. Rusia queda totalmente aislada de Europa y lo más grave, para su propia seguridad nacional, es que la invasión a Ucrania despertó el atávico miedo europeo a la amenaza rusa, que se remonta a las hordas de Gengis Khan, Iván el terrible y la barbarie comunista de Stalin.

Putin acaba de crear una nueva cortina de hierro –de desconfianza y temor mutuo– con sus vecinos europeos, siendo Rusia parte de Europa. Con su agresión a Ucrania, Putin ha cancelado, por mucho tiempo, un importante acercamiento estratégico que venía dándose durante casi medio siglo, Este-Oeste y, viceversa, Oeste-Este, simbolizado en la caída del Muro de Berlín y el colapso del comunismo soviético. Putin mandó al diablo la democracia en Rusia y la modernización de toda la sociedad del vasto Estado. No hay que olvidar que Rusia es un estado plurinacional, cuyo territorio está más en Asia que en Europa.

Un territorio muy rico en recursos, pero con escasa población. Y sus fronteras sur, lo que algunos llaman su vientre-blando, de mayoría islámica, en contraste con uno de los pilares de la identidad rusa, de tradición cristiana ortodoxa, fuertemente arraigada y muy cercana a Putin.

Rusia es un gran país y de una gran tradición cultural, pero con la invasión a Ucrania –antes invadió Chechenia y Georgia, siempre bajo la batuta de Putin– ha contribuido fuertemente a volver el mundo más inseguro e inestable. Y al darle la espalda a Europa, parte de su destino lo ha puesto a depender de China. De segunda potencia queda en un malogrado tercer lugar. Todo por invadir a Ucrania y la guerra no ha terminado aún.

¿Biden no va?

El influyente periódico NYT, muy vinculado al Partido Demócrata, planteó en días recientes la posibilidad de que Biden deje de ser candidato. En el encuentro del G7, en Italia, fue demasiado visible el «despiste» del presidente norteamericano, que venía a confirmar situaciones anteriores. La edad no perdona. Además, en las encuestas Biden no sale muy bien. Si algo no se puede ignorar en la vida, y particularmente en política, es la realidad-real.

La Convención Demócrata se reúne en Chicago en dos meses y el tiempo se agota para tomar la decisión más conveniente. La primera opción, podría pensarse en la vicepresidenta Kamala Harris, pero ella no es popular y tiene mucha resistencia en sectores poderosos e influyentes. A partir de estos hechos, ya empiezan a circular algunos otros nombres, uno de los favoritos aparentes, es el actual gobernador de Illinois, J.B. Pritzker, de 59 años, multimillonario y ubicado en el sector progresista del partido Demócrata.

Parar a Trump y su posible triunfo no va a ser fácil, pero este no genera confianza en sectores importantes y poderosos del país, inclusive en sectores de la cúpula republicana. De allí la expectativa y urgencia de un candidato sustituto de Biden, con otros intereses y otra visión del país y del mundo, diferente del autoritario, intemperante e impredecible Trump.

La crisis norteamericana es real y de larga duración. Tiene tiempo en desarrollo y continuará por mucho tiempo. No va a acabar con los Estados Unidos en tiempo corto y previsible. La crisis o malestar norteamericano tiene que ver con factores internos estructurales y externos o geopolíticos. Una sociedad que cambia y comienza a ser otra en un mundo igualmente cambiante, particularmente con el desafío chino a la hegemonía de Estados Unidos y el realineamiento estratégico que esto está provocando.

Lo que pasa en Estados Unidos, por su poder e influencia, de una u otra manera repercute en Venezuela y el mundo. Pero es muy pronto todavía para una proyección objetiva de quién va a ser el próximo presidente norteamericano.

Desafíos del siglo XXI

Nos despegamos de las «pantallas» sin renunciar al uso útil, necesario e inteligente de las tecnologías, o quedaremos, como en el mito de «la cueva de Platón», de espaldas al sol, a la realidad-real, y solo veremos sombras, empezando por la propia, multiplicada en egolatría y narcisismo «yoico». Y en las que proyecten los poderes del mundo: económicos, políticos, geopolíticos, religiosos, culturales, a nivel global, nacional y local. Creamos las tecnologías, pero no podemos quedar atrapados en ellas.

Frente a las distopías en curso, quizás el mayor desafío de la humanidad sea un humanismo renovado, el respeto absoluto a cada ser humano y su entorno natural y cósmico. De allí que el esfuerzo personal y colectivo tiene que enfocarse en la libertad, los derechos humanos, la democracia. Una economía generadora de riqueza, pero estas deben estar mejor distribuidas, con menos desigualdad y más justicia social. La igualdad, como

la libertad y la fraternidad, enunciados fundamentales del humanismo moderno y la Ilustración, son utopías en nuestro horizonte histórico; pero son referentes obligados en nuestras praxis políticas, económicas, sociales, culturales y en nuestra propia cotidianidad.

Desear el bien propio está en nuestra naturaleza, pero es regla de oro desear y colaborar en el bien de los demás. Ese otro-diferente que es nuestro hermano, no importa donde viva, ni qué lenguaje utiliza. Si aspiramos a un siglo XXI mejor para la humanidad, es obligante ir dejando atrás nuestras jaulas mentales y nuestras cárceles religiosas e ideológicas. La realidad-real siempre precede a cualquier teoría. No otra cosa es la razón y la ciencia: ir descubriendo y conociendo lo que ya existe, pero que hasta ese momento se ignoraba.

El mundo existe, el cosmos es, lo seres humanos somos, la mayoría realmente no sabemos qué somos: una ilusión fantasmagórica del arte, la literatura, la filosofía. Las ciencias nos describen y conocen, pero las preguntas esenciales siguen allí, y cada uno las formula a su manera —creyentes y no creyentes— y las contestamos usualmente en tono coral, en clave religiosa, cultural o de cualquier otro tipo.

Lo cierto es que este portento civilizatorio que es la humanidad, su historia, nuestra contemporaneidad,

está amenazado de extinción o suicidio: si no cuidamos la Tierra, nuestra morada y «Casa Común»; si no logramos desarmar a las naciones y construir una paz necesaria global; si abandonamos a nuestros hermanos en sus carencias y desamparos.

La humanidad es una sola, diferente y diversa. Toda su historia nos acerca, somos locales, globales y, aunque suene a fantasía, cósmicos.

La trampa de Tucídides

Este fue el título de un artículo del 2015 de Graham Allison, profesor en Harvard: *Thucydides Trap*. En 2017 desarrolla su tesis en *Con destino a la guerra*, inspirado en Tucídides, historiador griego del siglo v a.C., autor de *La Guerra del Peloponeso*, que enfrentó a Esparta y Atenas e involucró a todo el mundo griego. Una guerra larga de 30 años por la hegemonía. En cierta manera pudiera decirse que no otra ha sido la historia de las guerras y conflictos, una lucha por el predominio.

En conclusión, la tesis se inspira en Tucídides, pero se elabora y expresa en función de la realidad geopolítica de la segunda mitad del siglo XX, como teoría académica de la geopolítica contemporánea. Pero que en los Estados Unidos terminó influenciando la política exterior y la visión de la competencia global por el predominio, en particular en las últimas décadas y frente al surgimiento de China como potencia competidora. La peligrosidad

de esta tesis es que ve la guerra global como inevitable, aunque sea en el mediano-largo plazo.

De acuerdo a la experiencia histórica, en todas las épocas y regiones existieron y existen conflictos por la hegemonía. El ejemplo clásico es Roma como imperio «universal». El primero en referirlo fue el historiador Polibio. Otro ejemplo es el imperio español de Carlos V y Felipe II el imperio donde nunca se ponía el sol. Más cerca, la Inglaterra imperial del siglo XIX, cuya marina tenía el control de todas las rutas comerciales del globo, predominio que hereda y asume Estados Unidos desde 1945 hasta el día de hoy.

En un 80%, el comercio global usa vías marítimas y estas vías tienen pasos obligados que, en su mayoría, controlan Estados Unidos y aliados: Estrecho de Malaca, en Asia-Indo-Pacífico, y Mar Rojo-Canal de Suez-Mediterráneo-Gibraltar-Atlántico-Canal de Panamá, del Índico al Atlántico y otra vez al Pacífico, es la ruta principal.

Esta complejidad geopolítica responde básicamente al control militar norteamericano. Pero la historia no es inmutable y los rivales o competidores de Estados Unidos buscan cambiar esta situación. Es lo que intenta China con sus llamadas Rutas de la Seda, que obliga a otras consideraciones.

Lo peligroso de la tesis «la trampa de Tucídides» es que convierte la gran guerra en algo inevitable. De allí que algunos autores hablan de una tercera guerra mundial aunque, por ahora, sea a pedacitos y geolocalizada, como Ucrania y Oriente Medio.

«Apocalypse Now»

Desde el crimen atómico perpetrado por Estados Unidos, en Hiroshima y Nagasaki, en 1945, la Humanidad entró como totalidad en su etapa más dramática: la capacidad técnica de autodestruirse. Hoy, 9 países tienen este poder terrible, demoníaco y que acumula unas 15 mil armas nucleares en el planeta. Solo entre Estados Unidos y Rusia se calculan 12 mil y después siguen, bastante lejos en cantidad, China, Inglaterra, Francia, India, Pakistán, Corea del Norte e Israel.

Este último no lo ha querido reconocer formalmente, pero los expertos opinan que sí tiene armas nucleares. Otro grupo de países aspiran tenerlas. El primero en la lista es Irán, y se piensa que países como Japón y Alemania podrían llegar a tenerlas.

Nuestro pequeño punto azul en el cosmos, nuestra «Casa Común», que llamamos Tierra, y —que en este

siglo XXI se proyecta con una población cercana a los diez mil millones de habitantes, concentrada en un 70% en Asia— se amenaza a sí misma de «suicidio».

Nunca la humanidad había vivido una etapa de su historia tan dramática y conclusiva. La política y la geopolítica van a exigir como nunca el cese de las guerras, todo tipo de guerra, para evitar escaladas suicidas. Esta situación es totalmente nueva en la historia de la humanidad: la necesidad de la paz como último recurso de sobrevivencia de la especie.

Lamentablemente esta conciencia agónica de un apocalipsis general provocado por nosotros mismos, no forma parte de la cultura y la conciencia colectiva. En general, cada país sigue mirándose el propio ombligo, la mentalidad aldeana y parroquial prevalece y, en el fondo, lo entiendo porque el rico solo piensa en sus negocios, las clases medias en sus muchas dificultades y urgencias, y los pobres, obligados a la inhumana necesidad de sobrevivir en sociedades profundamente desiguales. Con gobiernos insensatos e irresponsables que no gobiernan, solo mandan y se enriquecen con amigos y allegados.

En América Latina y el Caribe, igual que en África, tenemos la fortuna de no tener armas nucleares y ello nos da una posibilidad de convivencia y paz entre naciones,

un poco mayor que el resto de los continentes. Pero debemos trabajar para que nuestros países se eduquen y prosperen, para que la democracia y los derechos humanos prevalezcan en todas las naciones.

Siria: caída de una tiranía

El régimen dictatorial de los Assad duró 54 años. En 1970 asume el poder Assad padre, por 30 años. «Hereda» el hijo, y manda 24 años, hoy en su exilio dorado en Rusia.

Hace 15 días nadie imaginaba este desmoronamiento, casi sin resistencia bélica a las fuerzas rebeldes, que venían luchando desde 2011. Frente a estos hechos, aparte de lo sorprendente, hay muchas explicaciones. Como siempre, hay que asumir la perspectiva interna y externa del conflicto y su desenlace. En mi perspectiva, el factor geopolítico global y regional fue la variable «eficiente» más importante.

En primer lugar, Israel, con apoyo norteamericano, le gana la guerra a Hamás y Hezbollah, brazos armados de Irán y, por consiguiente, al propio Irán. En segundo lugar, Rusia, el otro protector de Assad, con su guerra en Ucrania perdió su capacidad de abrir otro frente en

Siria. El régimen cae, como castillo de arena, al perder el apoyo de sus socios externos.

En paralelo, el régimen tenía décadas sin legitimidad y progresivamente desde 2011 había perdido control del territorio. Más de la mitad de Siria estaba controlada por fuerzas enemigas del régimen. Al este del Éufrates, los kurdos, con apoyo norteamericano. En la frontera con Turquía estos, con grupos rebeldes locales, controlaban otra porción de territorio. En la frontera con Irak, grupos sunitas y bases anglo-norteamericanas cerraron la comunicación terrestre, vía Irak, con Irán. Y en el suroeste, Israel, al neutralizar a Hezbollah en Líbano, avanza sobre territorio sirio más allá del Golán y se apodera de una zona montañosa estratégica, apenas distante 40 kilómetros de Damasco.

El régimen sirio quedó aplastado militarmente desde adentro y desde afuera. Desde adentro, el grupo rebelde dominante —ya en posesión de Damasco— tiene que formar gobierno. Por el discurso inicial de su líder, se muestra moderado y tolerante, a pesar de su origen yihadista. Habla de paz en la región con reconocimiento explícito al Estado de Israel, un gobierno plural y respeto a las mujeres en cuanto a sus derechos, vestimenta, etc. Su conducta hablará por ellos.

Siria, por algún tiempo, va a seguir la suerte de Libia, Irak, Líbano: un país fragmentado y un Estado fallido. Una historia de horror terminó y otra historia comienza que, por ahora, no podemos calificar de mejor o peor. Los acontecimientos dirán.

La geopolítica global seguirá cambiando gobiernos y modificando fronteras en todos los continentes y creando nuevos equilibrios de poder.

Hay un nuevo sheriff en Washington

Llegó el nuevo sheriff. Eso fue a decirle a los europeos Vance, vicepresidente norteamericano. Realmente no tan nuevo, ya que estamos hablando de Trump II. Eso sí, más arrogante y prepotente que nunca. Para mi gusto, muy nazi.

Vance fue breve y directo. Nuestra prioridad ya no es Europa, su seguridad es cosa de ustedes y la deben pagar. Rusia no es un enemigo, la guerra de Ucrania debe terminar y eso lo arreglarán directamente Trump y Putin. Nuestro interés estratégico-geopolítico se centra en el Indo-Pacífico y en el desarrollo tecnológico, particularmente la IA. Y, se sobreentiende, nuestra economía, territorios, supremacía militar y primacía indiscutida.

Después vino el regaño mayor a los europeos. Les dijo: si tienen problemas, ustedes mismos se los

crearon por permitir una ola inmigratoria de ilegales y descontrolada. Cuiden sus democracias porque no están atendiendo el clamor general de sus ciudadanos, como sí lo estamos haciendo nosotros en Estados Unidos.

Un dato relevante de esta visita vicepresidencial es que rompe la tradición, pues este tipo de discursos de Estado, con respecto a los europeos, lo daba, habitualmente, el propio presidente o el Secretario de Estado. Un claro acto de menosprecio a Europa. Ya ellos no forman parte de las prioridades geopolíticas norteamericanas, como sí lo fueron cuando la competencia era con la Unión Soviética.

Todo esto tiene sentido en función de los intereses de Estados Unidos y es una lección para Europa. Cada uno a lo suyo. Y es parte de la explicación del crecimiento electoral de los llamados «soberanistas o patriotas» en los diversos países. Una versión actualizada del nacionalismo más rancio y patriotero. Algunos también lo llaman «la nueva derecha», derecha extrema o movimientos neonazis y neofascistas. El mismo fenómeno que llevó a Trump nuevamente a la presidencia, con su eslogan «Primero América».

Si esto lo hace Trump con los europeos, para concentrarse en el desafío chino, qué queda para América Latina. En particular, para las expectativas políticas de

muchos venezolanos, ilusos con el sheriff Trump. En su primer periodo no hizo nada.

Nos cuesta entenderlo, pero el régimen venezolano no vino de Marte ni nadie nos lo impuso. Fueron venezolanos quienes lo eligieron y hoy, habiendo perdido el apoyo popular, y la mayoría, quienes lo siguen sosteniendo son venezolanos. Y de «arriba», tanto del sector militar como burócratas y empresarios.

Así que a los demócratas nos toca la tarea de seguir insistiendo, de manera pacífica y con el voto. Aunque el régimen, mientras pueda, seguirá irrespetando el deseo y la necesidad de la mayoría de un cambio político. El cambio no tiene fecha. No sabemos ni el cuándo ni el cómo. Pero la peor respuesta política sería la estéril abstención o la «espera». Y, de pasar algo «extraordinario», nos enteraríamos al día siguiente.

Nuevo Orden Mundial (I)

Más allá de la «agarrada» nada diplomática en la oficina del presidente de Estados Unidos, del coraje de Zelenski y la brutalidad arrogante de Trump y de Vance, ha quedado claro lo siguiente.

1. Estados Unidos abandona a Ucrania y va a pactar con Rusia por razones estratégicas, ya no le interesa Europa y quiere concentrarse en el Indo-Pacífico para contener a China. Termina una época: la Unión Soviética de la postguerra (1946) y la creación de la OTAN (1949).
2. El Indo-Pacífico pasa a ser el eje de la contención a China y para ello, por un lado, es la alianza militar en curso patrocinada por Estados Unidos en el cuadrilátero defensivo, con Taiwán-Corea del Sur-Japón-Australia; y, por otro, el control militar del mar del Sur de China y el estrecho de Malaca.

3. Europa queda sola en su defensa y protección. De allí el armamentismo en curso en los 27 países de la Comunidad Europea, y en cuanto a recursos la OTAN pasa a depender de los propios europeos. Queda por ver qué hacen los europeos para proteger a Ucrania y contener a Rusia.
4. Viene una despiadada guerra comercial de aranceles y competencia económica y tecnológica, en particular en el sector de la IA y en el espacio, base de la preeminencia militar.
5. Prevalencia de la fuerza, no necesariamente militar, sobre el derecho internacional y los derechos humanos, con el consiguiente debilitamiento de los organismos multilaterales.
6. Un nuevo reparto del mundo en zonas de influencia y competencias, básicamente representadas por Estados Unidos, China, Rusia y algunas potencias menores, como la India y la propia Europa, junto a subpotencias regionales.
7. En el corto plazo, no se ven riesgos de una confrontación nuclear. Por ahora nadie la quiere. Igual que se evitó durante la guerra fría. Por cuánto tiempo, no lo sé y creo que nadie puede saberlo.

8. Asia Central, Medio Oriente, África y América Latina formamos parte de la historia y todo lo que pasa en el mundo nos va a afectar. Pero, en términos geopolíticos globales, nuestra influencia es local y secundaria, y la mayoría de nuestros países seguimos atrapados en nuestras problemáticas internas y en nuestros atrasos estructurales.

La época es de caos e incertidumbre, pero no es el fin de la historia. Esta, cada tanto tiempo, se «enreda» porque cambia. Nos toca cambiar con ella.

¿Cómo anda el mundo?

Una paz impuesta a Ucrania por Trump y el reparto de Ucrania entre Rusia y Estados Unidos, algo parecido a lo que hicieron Hitler y Stalin al repartirse Polonia, empezando la segunda guerra mundial. Israel vuelve a ganar otra guerra y «neutraliza» por un tiempo indeterminado a Hamás y Hezbollah. Toma el control militar de Gaza, Sur del Líbano, amplía su posesión de las alturas del Golán, se ubica a 60 kilómetros de Damasco y avanza en la «colonización-ocupación» de Cisjordania, que ahora llaman Samaria y Judea, y el proyecto de un Estado-Palestino se aleja cada vez más.

Irán es el gran derrotado estratégico, pierde control e influencia en Irak, Líbano y Siria. El otro triunfador regional es Turquía, el nuevo gobierno en Siria es formado y protegido por Turquía, y ésta vuelve a la idea de un nuevo imperio otomano. Su influencia se proyecta sobre Siria, Irak, Libia, Argelia, Mar Negro, Cáucaso y Asia Central, hasta la frontera y el territorio

chino, con los Uigur, chinos de origen y tradición turca e islámica.

Estados Unidos e Israel se consolidan en el Cercano y Medio oriente como las potencias dominantes, aunque no hegemónicas. La influencia rusa en la región retrocede y disminuye. Si no fuera por las armas nucleares, Rusia sería una potencia de segunda categoría. Basta ver su pobre desempeño militar en su invasión a Ucrania, un país mucho más débil y vulnerable. Aunque gracias a Trump aparece como ganador.

Este es el mundo en proceso de reordenamiento global. Es lo que refleja la geopolítica, siempre dinámica y cambiante, aunque actualmente pareciera estar acelerándose, básicamente por efecto mediático y propagandístico, porque Trump no puede vivir sino frente a las cámaras y con sus diversos «reality shows».

En el corto y mediano plazo, el riesgo de guerra nuclear luce improbable. Lo que seguiremos viendo, como siempre ha sucedido: crisis, conflictos, guerras, cambios violentos de gobierno, en diversas partes del mundo, y una guerra comercial despiadada, ya en curso y con consecuencias imprevisibles. Porque si hay algo con lo que no se puede jugar es con la economía y las armas.

En esta coyuntura, con la política migratoria del gobierno Trump, su guerra declarada al narcotráfico,

asumido como guerra al terrorismo y la nueva alianza con Putin; la probabilidad de cambios políticos en el Caribe aumenta. En particular en los tres regímenes de retórica antinorteamericana: Cuba, Venezuela y Nicaragua.

El futuro no es predecible, están los imponderables, pero puede ser proyectado con algunas hipótesis de probabilidad racional. La teoría es necesaria para «comprender», pero es la praxis lo que define la «realidad-real».

Imperialismo del siglo XXI

El concepto de imperio implica la idea de poder y dominio, *imperare* sobre otros. No se puede comprender la llamada historia universal sin el estudio de los diversos imperios que han existido en el mundo en todas las épocas. Cambian las circunstancias, pero no la esencia. Hay dos tipos de dominio geográfico: el territorial y el marítimo. China fue siempre un imperio territorial, igual que Rusia, Persia; el de Gengis Khan, el bizantino y el turco otomano, el austro-húngaro y otros. En cambio, fenicios, cartagineses, griegos, portugueses e ingleses fueron imperios del mar o «thalasocracias».

Imperios terrestres y marítimos son menos, el modelo por excelencia es Roma o por lo menos el más conocido, y, en la modernidad, Estados Unidos ha sido terrófago desde su propio nacimiento, con las colonias o territorios originales: lo que hoy es parte de la costa atlántica de ese país.

Después vino la expansión hacia el oeste, hasta llegar a la costa pacífica, que incluyó la «compra» de la Louisiana a los franceses y la invasión y anexión de territorios mexicanos. Al sur completaron con la «compra» de Florida a España, y al norte «compraron» Alaska a la Rusia zarista. Después anexaron Hawai, Puerto Rico y, con Guantánamo, las Islas Vírgenes y el canal de Panamá, tomaron el control total del Caribe.

Después de la segunda guerra mundial hasta la actualidad, controlan totalmente la navegación oceánica y marítima, con sus más de 800 bases militares en el mundo, su poderosa flota, ubicada sobre todos los océanos y mares y el control de los estrechos o pasos obligados para la navegación comercial, entendiéndose que el 80% del comercio mundial se realiza en barcos: Estrecho de Malaca, Mar Rojo, Canal de Suez, Dardanelos y Gibraltar son llaves de paso de la navegación global, bajo control norteamericano o de sus aliados.

Dicho lo anterior, se entiende por qué Trump quiere Groenlandia, todo o parte de Canadá y retomar el control directo del canal de Panamá. Trump y sus asesores se nutren de esta historia de expansión y dominio imperial.

La teoría que mejor expresa esta concepción histórica y geopolítica fue la del *Lebensraum*, o Espacio Vital, formulada en 1901 por el geógrafo alemán Frederick

Ratzel y definida como «el área de influencia de un Estado que este cree necesitar para poder existir y prevalecer».

Esta doctrina, hoy renacida, respondía desde la década de 1870, a la creación del imperio alemán y su deseo de expansión y dominio, que, al querer concretarlo con el Kaiser Guillermo y el Führer Hitler, condujeron a las dos guerras mundiales del siglo XX. El imperialismo es un mal histórico terrible, siempre termina en guerras. Lo que algunos autores llaman «profecía de Tucídides».

Actualmente los tres imperios andan desatados. Estados Unidos quiere seguir expandiéndose. Rusia, con Putin, quiere regresar a los territorios de la antigua Unión Soviética. No al sistema comunista, es importante entender esto. Y China, bajo el control férreo del Partido Comunista, quiere volver a ser un gran imperio, como lo fue hasta el siglo XVII.

Primero se unificó bajo el liderazgo de Mao, invadió el Tíbet y parte de los Himalayas, todos bajo su control y dominio. Negoció la anexión de Macao y Hong Kong, y, para 2049, se ha puesto como plazo la anexión de Taiwán.

En paralelo, dentro del mismo juego geopolítico y con la misma concepción imperial, andan las llamadas subpotencias. Unas, más visibles: como Israel, Turquía, Irán y Arabia Saudita. Otras, con perfil menos agresivo:

India, Sudáfrica y nuestro vecino Brasil que, no hay que olvidar, nace como imperio y hoy es la octava economía del mundo.

Mientras el mundo cambia y se reordena, nosotros seguimos en nuestra tradición de incivilidad y pugnas internas, como si nuestra querida Venezuela no nos importara mucho, más allá del folclore y las fiestas patronales.

Un movimiento antidemocrático global

Cada época es diferente y la historia siempre está en movimiento. Pero no todo en la historia es novedad, hay patrones de conducta que se repiten, aunque las circunstancias cambien. Por eso la historia es útil, para aprender de nosotros mismos.

Hace dos mil quinientos años, el historiador Tucídides lo entendió perfectamente y lo expresó: «la historia no se repite, pero el hombre siempre se repite a sí mismo». Idea refrendada por Cicerón cuando consideraba a la historia «maestra de la vida».

Dicho lo anterior voy al tema de este artículo: la democracia en peligro, la democracia amenazada, desde sí misma y desde el exterior. Algo parecido, insisto, no igual, sucedió en las primeras décadas del siglo XX con el marxismo bolchevique triunfante en Rusia. Se plantea una revolución planetaria antidemocrática, las llamadas

«dictaduras del proletariado», que terminaron en gobiernos autocráticos del partido único y el líder único. Y continúan existiendo.

China es el modelo más exitoso actual porque, para sobrevivir y no repetir el fracaso de la Unión Soviética, adoptó el capitalismo, aunque no las ideas liberales e ilustradas que dieron origen a la democracia. En paralelo con las dictaduras comunistas, surgió la alternativa totalitaria contraria, el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania, rivales políticos e ideológicos, pero identificados como sistemas políticos autocráticos y totalitarios. Los tres sistemas, imitados en otros muchos países, ferozmente antidemocráticos.

En América Latina, a las tradicionales dictaduras de caudillos, se unieron estas tres influencias antidemocráticas. Posterior a 1946, derrotado el nazi-fascismo, y, en 1990, implosionado el fracasado comunismo soviético, se pensó en una primavera democrática global. Hoy, esta primavera se ha convertido en un crudo invierno autoritario que se extiende por el mundo y la principal amenaza, que nadie podía imaginar, emerge en los propios Estados Unidos, país que desde su fundación pasaba por ser el modelo democrático más exitoso.

Hoy, el señor Trump amenaza con imponer esta perversa tendencia autoritaria democrática. En lo

personal, pienso que no va a tener éxito. La propia sociedad norteamericana, de fuerte arraigo democrático y sus instituciones, con dos siglos de vigencia, pueden parar a este arrogante autoritario.

En las Naciones Unidas están representados casi todos los países. Si se analizan sus sistemas políticos, nos damos cuenta que la mayoría está tutelada por sistemas autocráticos, dictatoriales, tiránicos, totalitarios. Aunque la mayoría se denomina Repúblicas y democráticas, con la paradoja de Monarquías más democráticas que algunas Repúblicas.

La democracia no es un simple sistema político, es una cultura, un avance civilizatorio, unas tradiciones y unas instituciones fundamentadas en dos principios absolutos: la libertad y la dignidad de cada persona, que tendemos a garantizar sobre principios constitucionales y los llamados derechos humanos universales.

Igualmente, la democracia solo puede ser garantizada por la división real del poder, por el respeto absoluto a la soberanía popular, la libertad para opinar y organizarse para disentir. Las democracias siempre están amenazadas. Difícil es establecerlas y fácil es perderlas. Los venezolanos sabemos de esto porque tardamos dos siglos en lograrlo y pocos lustros en perderla.

Estados Unidos y China

Quizás este sea el hecho histórico más importante del siglo XXI: la pugna entre dos imperios. Uno tratando de mantener su primacía y el otro disputándosela. Esta situación viene sucediendo desde hace varias décadas, pero hoy es evidente e incuestionable.

Mientras Estados Unidos se retrae a su «fortaleza» territorial y mantiene el control de los océanos y mares (thalasia), China se expande económica y comercialmente (vías de la seda).

La competencia, además de la economía, comercio y finanzas, se focaliza en lo tecnológico, IA, Cosmos, etc., y en el realineamiento global geopolítico que inevitablemente siempre termina en el ámbito militar. Guerras y conflictos regionales y la amenaza latente de lo nuclear o «gran guerra» que, como se sabe, sería un suicidio de la humanidad.

En la actual coyuntura, veo a Estados Unidos a la defensiva, con una fuerte crisis interna y un gobierno

errático y aislacionista. Al contrario, China sabe lo que quiere y lo viene haciendo y logrando, con paciencia oriental, con sabiduría práctica potenciada por la tradición cultural inspirada en Confucio y una unidad nacional férrea, impuesta por el partido comunista.

A nivel educativo, han creado una poderosa pedagogía histórica en la propaganda, medios de comunicación, escuelas y liceos, que se resume en la siguiente narrativa: China siempre fue grande, pero a partir de 1840, con las guerras del opio, fue invadida y colonizada por europeos, norteamericanos y japoneses, y desgarrada por una larga guerra civil.

A este siglo, entre 1840 y 1949, lo llaman el siglo perdido o de la decadencia.

Pero con el triunfo de Mao y la revolución comunista en 1949, el país se unificó. Después vino el reformista Deng, que moderniza la economía, acaba con el hambre y se inicia la apertura capitalista del país al permitirse la propiedad privada. Por último Xi Jinping. El actual timonel, que lleva unos quince años en el poder, logra posicionar a China económica y tecnológicamente de tú a tú con Estados Unidos.

Hoy China es la principal economía manufacturera del mundo, su economía sigue creciendo y, con las rutas de la seda, tiene presencia importante en todos los

continentes. Y en términos de propaganda y prestigio, tiene mucha mejor imagen que Estados Unidos. Y, gracias a Trump, sus impertinencias y arrogancias, ha logrado el mejor aliado posible en el gobierno del país rival.

La perspectiva es un mundo bipolar, China-Estados Unidos, como en el siglo XX lo fue entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Un club atómico de «subpotencias» regionales y, como siempre, una serie de conflictos de todo tipo que van a agotar los medios con noticias alarmantes.

El mundo sigue, cambia, pero no tanto como se nos quiere hacer creer y nunca cambia al mismo ritmo en todas partes. El humano, en emociones y miedos, expectativas, éxitos y fracasos, sigue siendo el mismo.

El proceso emancipador americano, 1776-1898

El proceso emancipador del continente americano se inicia con la independencia y creación de los Estados Unidos, el 4 de julio de 1776. Siguen Haití en 1804, Caracas y Buenos Aires en 1810, y, en los años sucesivos, el resto del continente, hasta que en 1898 se independizan Cuba y Puerto Rico.

Las ideas, ideologías, doctrinas, teorías y filosofías que alimentaron estos procesos, se centran o anclan en las ideas liberales y la economía política del siglo XVII y XVIII, y en la llamada Ilustración. Los «modelos» políticos e históricos, el estadounidense de 1776 y la Francia revolucionaria de 1789, fueron inspiradores fundamentales.

En cuanto al contexto geopolítico de este largo siglo emancipador americano, las llamadas guerras napoleónicas jugaron un papel fundamental, así como Gran Bretaña, como imperio hegemónico con sede en Londres.

Posteriormente, hay que agregar la influencia creciente del emergente imperio estadounidense. En estos procesos, con características particulares en cada país, surgen todas nuestras repúblicas y los correspondientes idearios nacionales: con sus héroes y panteones, mitos y leyendas patrióticas, y los inevitables nacionalismos y localismos regionales.

Cada Estado-Nacional va configurando territorios y fronteras, en procesos casi siempre conflictivos y que no han cesado. Inclusive, en algunos casos, con guerras, con su secuela de rencores y desconfianzas, entre países con fronteras comunes.

Aunque en la retórica se creó el discurso de la unidad continental, panamericana, bajo el tutelaje de Estados Unidos, la llamada «Doctrina Monroe» (1823) que culminó con la creación de la OEA.

En paralelo se inventó la categoría América Latina. Invento francés para justificar su invasión a México, luego difundido y popularizado por diversos movimientos intelectuales. Empezando por el llamado modernismo y el arielismo, continuó el marxismo y siguieron otros movimientos ideológico-políticos: la revolución mexicana de 1910, la reforma universitaria de Córdoba de 1918; y la aparición de partidos reformistas de masas y movimientos radicales de orígenes diversos hasta nuestros días.

Regresando al proceso emancipador, la formación de las nacionalidades y la creación del Estado-Nacional, continúan siendo temas ampliamente estudiados, debatidos y polémicos.

Como conclusión y aprendizaje, por lo menos para mí, y aplicado a nuestra situación política e histórica actual, puedo decir que:

- La «liberación» es posible y en algún momento se va a lograr.
- Es importante tomar en cuenta el contexto geopolítico global y los intereses en juego, como sucedió en la Independencia. Pero la decisión y el empeño es nuestro.
- El camino o estrategias a seguir son varias, pero, a priori, nadie sabe el desenlace, ni el cuándo ni el cómo. Y es que el «hilo de la historia» es misterioso y evasivo: solo sabremos, siempre a posteriori, cuál era la vía al éxito.

Hoy podemos hablar de los procesos emancipadores, con fecha y todo, porque ya ocurrieron. La historia es presente-futuro. La historiografía es presente-pasado.

La historia siempre es bifronte, una cara mira al pasado y la otra al futuro.

Medio Oriente, 2024-2025

El conflicto en el Medio Oriente es una tragedia de larga data y va a continuar por muchos años, entre guerras declaradas y no declaradas, treguas y altos al fuego. Todo ello es real en un plazo imprevisible que permita crear una verdadera paz duradera que posibilite una convivencia civilizada entre naciones.

Esta problemática histórica y geopolítica comenzó en 1948 con la creación del Estado de Israel por la ONU y la promesa de la creación de un Estado Palestino, que nunca se ha cumplido. Hoy por hoy tengo mis dudas de que se pueda cumplir, porque los palestinos están reducidos a dos mínimos territorios: Gaza y Cisjordania, bajo control de Israel.

La oportunidad política racional parece perdida: dos Estados con reconocimiento mutuo y un mundo árabe y persa que también se reconozcan entre sí y con Israel.

Una vez más, la historia crea su propia lógica no racional, lógica de los intereses de cada uno e ideologías políticas y religiosas fanáticas de cada bando.

El actual conflicto bélico empezó con el acto terrorista de Hamás en octubre pasado y la feroz reacción israelí, con un gobierno integrado por la llamada derecha y extrema derecha religiosa.

En este contexto se precipitan los acontecimientos: guerra al terrorismo de Hamás y Hezbollah, apertura del frente sirio-libanés, caída del régimen dictatorial de al-Assad, elección de Trump, involucramiento de Yemen e Irán y, por último, el show de Trump al bombardear instalaciones nucleares de Irán.

Digo «show» porque, debido a la férrea censura militar en los dos bandos, nadie sabe con certeza la eficacia del bombardeo. Trump, mentiroso compulsivo, dice que destruyeron todo. Sus funcionarios militares hablan de serios daños. Por el lado iraní, niegan la destrucción del programa nuclear.

Por otro lado, después de 12 días de intercambio de misiles y la tregua impuesta por Trump, ambas partes se atribuyen la victoria. Cosa absurda y contradictoria, mientras nadie sabe con certeza el daño sufrido respectivamente.

La opinión pública, como siempre, toma partido por uno u otro lado, igual que ciertos gobiernos irresponsables. Pero está claro que, estratégicamente, las grandes potencias no quieren una escalada en la región. Al contrario, están buscando la vía diplomática para que el alto al fuego y la tregua permitan un tiempo de negociaciones para «tranquilizar» la región.

Sigue activo el frente de Gaza, el más trágico y dramático, convertido ya en un problema humanitario. Se calculan 40 mil fallecidos en el lado palestino, la mayoría civiles, de ellos 15 mil niños y 6 otros mil niños desaparecidos.

Es demasiado, y esto debe parar ya.

Geopolítica global

La historia es un proceso: continuidad y cambio. Y la lucha por el poder y la preeminencia es una constante universal. En 1990 terminó un conflicto histórico geopolítico que empezó en 1946, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero en menos de una década, y empezando el siglo XXI, la emergente China desafía la hegemonía de Estados Unidos.

En eso andamos y estamos. Un proceso que, a mi juicio, va a cubrir todo el siglo XXI. Rusia también cuenta, no tanto por su economía, sino por su arsenal nuclear, y con ella los otros países nucleares, por ahora.

Este selecto y terrorífico club está integrado por Estados Unidos, Rusia, China, India, Pakistán, Corea del Norte, Inglaterra, Francia e Israel. En el horizonte cercano no veo una guerra mundial, pero siempre existe el riesgo.

En curso existen poco más de 50 conflictos en el mundo, aunque los más publicitados son la invasión

rusa a Ucrania y el complejo Medio Oriente, focalizado en Gaza, Israel, Irán. El conflicto, la violencia y la guerra están siempre presentes en la historia. Lo expresó muy bien Churchill cuando dijo: «sangre, sudor y lágrimas».

En este sentido, el libro de la historia es la historia de la barbarie. Y es a ello a lo que usualmente llamamos «historias patrias» en escuelas y liceos. Creo que hay que cambiar de paradigma pedagógico e historiográfico y enseñar más la historia cultural y civilizatoria de cada pueblo, de cada país y nación. Construir la paz educando para la paz.

En el tema geopolítico, a nivel de medios de masa, casi todo es desinformación, manipulación política e ideológica y propaganda. Se condiciona al público a la dualidad simplista. Como en el deporte: estar con un bando y en contra del otro. Un conflicto, cualquier conflicto, y mucho más una guerra, es una complejidad que exige mucha información seria, oír a los expertos y mucha reflexión propia. Evadiendo, en lo posible, la carga emocional, política e ideológica.

La ideología de Trump

Como individuo, Donald Trump puede ser caracterizado como un «impresentable», un caso psiquiátrico, un negociador «gangsteril». Pero realista y pragmático. Pretende imponerse siempre y ganar como sea, por las buenas o por las malas. Una persona de poder, acostumbrado al éxito, a tener lo que quiere y lograrlo sin límites morales ni principios. Una persona peligrosa, agresiva y manipuladora que, en mis relaciones personales, trataría de tener bien lejos. En palabras simples: un «maloso», un tóxico.

Pero el hecho de que haya sido electo dos veces presidente de su país —la segunda vez por 77 millones de estadounidenses—, que tenga tantos admiradores y seguidores en muchos países, en particular venezolanos de adentro y afuera, y en este confuso y errático espacio llamado América Latina, obliga a preguntarse: ¿qué representa y a quiénes representa? ¿Cuál es su ideología?

Lllamarlo de «derechas» sería lo más fácil, pero en el siglo XXI, izquierda y derecha ya no significan lo mismo que en el siglo XX. Conservador o neoconservador lo es, en cuanto se identifica con un nacionalismo sectario, racista y xenófobo, WASP (Blanco, Anglosajón, Protestante). Cree fanáticamente en el dios de América, aunque él, en lo personal, no es nada religioso. Cree en el destino manifiesto de Estados Unidos como «Pueblo Elegido», y en su propio destino personal mesiánico para «salvar América», tal como lo dijo cuando sobrevivió al atentado durante la campaña electoral.

Su lema «America First», y el movimiento MAGA, son su principal plataforma electoral y política. Los objetivos de su mandato: asegurar las fronteras frente a los «bárbaros» externos e internos y enemigos estratégicos, básicamente China. De allí la «fortaleza americana», reproducción simbólica de los fuertes o cuarteles de frontera en la conquista del Oeste.

No solo se aspira a la primacía, sino a la hegemonía. Y para tal propósito, China es el principal adversario. Para ganarle, hay que fortalecer la economía de Estados Unidos y ganar la carrera tecnológica de la Inteligencia Artificial, la conquista del espacio y todo lo que haga falta para mantener una superioridad militar aplastante.

A mi juicio, esta es la ideología de Trump: un nacionalismo a ultranza, que lo emparenta con las ideologías ultranacionalistas totalitarias del siglo XX —fascista, nazi e incluso comunista—, aunque en este último caso me refiero no al comunismo internacionalista y proletario de Marx, Lenin y Trotsky; sino al comunismo patriotero de Stalin y sus herederos, de la «Madre Rusia», el alma eslava y su Iglesia Ortodoxa, que hoy tan bien representa Putin, un autócrata con 25 años en el poder y sin ganas de dejarlo, aunque Rusia ya no sea un país de economía comunista.

Este «cóctel» ideológico ayuda a explicar los fans de Trump, dentro y fuera de su país. Una hibridación de ideas, emociones, creencias y presuntos «valores o principios eternos». De allí esa recurrencia permanente a las palabras: dios, patria, orden, familia, tradiciones. El rechazo patológico a lo diferente, diverso, al pluralismo y la tolerancia. Y la adhesión ciega a una identidad primaria, infantil y tribal.

En el fondo, en el inconsciente, esto es producto del miedo al cambio y al caos. Por eso las reacciones son agresivas frente a quien no piensa como ellos, poseedores de la «verdad única». Todo el que disienta es el «enemigo», tiene que ser combatido y anulado. Un llamado directo a la violencia. Por eso el lenguaje que usan es agresivo y descalificador, y la violencia directa se justifica cuando lo creen necesario.

Toda ideología es una pretensión de justificación y legitimación del poder. Todo «ismo» es útil, y el más poderoso sigue siendo el nacionalismo, aunque el mundo marche indeteniblemente hacia la globalización o mundialización, en el sentido de la interconexión tecnológica, económica, cultural y social.

La paz es un problema de todos. El cambio climático igual. Los derechos humanos no responden a nacionalidades. Igual las libertades individuales, que incluyen el libre pensamiento y la libertad de creencias. Las economías cada vez más integradas. Los «muros» fronterizos y la exclusión no son la solución.

Entender el cambio mundial

Para comenzar, hay que mirar con atención el «nuevo» mapamundi. Europa ya no es el centro de la historia. El «eurocentrismo» queda como historia del pasado; la llamada historia universal se ha desplazado ya a Asia, concretamente al todavía llamado «Lejano Oriente».

En Asia se concentra la mayor parte de la población mundial, las manufacturas del mundo, recursos naturales importantes y el mayor dinamismo tecnológico. Cuando digo Asia, no piensen solo en China. Allí están Rusia, India, Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Indonesia; incluido lo que seguimos llamando Asia Central y Medio Oriente o Cercano Oriente: Pakistán, Irán, Turquía, Israel y los llamados países del Golfo petrolero.

En la misma perspectiva de «novedad» está el continente americano en su totalidad: la primera

potencia mundial, todavía y por ahora, los Estados Unidos; y nosotros, este multiforme subcontinente que simplificamos al llamarlo indebidamente América Latina o Latinoamérica, invento francés del siglo XIX y que han popularizado los medios de comunicación y el uso.

La América no estadounidense es heterogénea y multiforme, que el pensamiento infantil de la ignorancia se empeña en seguir generalizando y no identificar en sus particularidades.

El futuro llegó, está en acelerado desarrollo y, como siempre ha sucedido en la historia, unos países lideran desde la locomotora educativa, tecnocientífica, económica, social, política y geopolítica. Otros países van en la primera, segunda, tercera locomotora y otros muchos en los vagones y furgones de cola. Cada lector puede hacer su lista y ubicación, de acuerdo a su gusto.

La historia es cambio por definición. Lo que sucede es que hay tiempos «rápidos» y tiempos «lentos». La historia es continuidad y, cada tanto, ocurren «discontinuidades». La historia es caos y orden, orden y caos, estabilidad y crisis. Esto no funciona sincrónicamente, sino de manera asincrónica. Cada país tiene sus «tiempos» y también lo tiene el orden geopolítico global.

Hoy estamos en esas dinámicas o procesos de duración indefinida, de crisis y cambio. En el caso nuestro, a nivel interno y de crisis global, cuyo año marcante político fue 1990, con el colapso o «suicidio» de la Unión Soviética (URSS) o Rusia Comunista.

A ello agréguese, en los últimos 50 años, la China actual como potencia desafiante a la primacía de Estados Unidos, y lo que podríamos llamar la profunda crisis de identidad que viene dándose en la sociedad norteamericana desde hace por lo menos 30 años.

Estamos en pleno reacomodo global, geoeconómico y geopolítico; su duración y características no son previsibles. Y profetizar es de necios, decía Kant.

El riesgo de conflictos es alto. Ya los estamos viviendo: unos ciento ochenta en curso en los últimos treinta años, con diez millones de víctimas en su conjunto, sin tomar en cuenta la invasión de Rusia a Ucrania, el conflicto palestino-israelí, el genocidio en Gaza y los martirizados cristianos en algunos países de África.

Para entender este complejo proceso de (des)orden mundial, que cubriría buena parte del siglo XXI, hay que abandonar parte de nuestras teorías, ideologías, ideas y perspectivas al uso. Nuestras «trampas o jaulas mentales», incluidos nuestros prejuicios y preconceptos, alimentados por la costumbre y la pereza o incapacidad

de ver y pensar las novedades sociales, económicas, políticas, culturales. Y novedad no significa ni moda ni la noticia-escándalo del día.

Desaprender para aprender: ese es nuestro desafío educativo, a nivel personal y colectivo. El mundo está cambiando, lo que nos obliga al cambio de perspectiva y mente abierta. Hay que «aggiornarse», porque somos historia y estamos en la historia, hasta el último aliento. O, cuando menos, mientras nuestra salud mental lo permita.

Paz y guerra

La paz es un bien inestimable y siempre apostaré a ella. Pero, lamentablemente, la historia enseña que la paz es un bien escaso en la historia de la humanidad. Que el conflicto y la guerra siempre están allí, a la vuelta de la esquina.

Me alegra el alto al fuego en Gaza, pero la paz en la región está muy lejos de lograrse. En Israel sigue en el poder un gobierno belicoso y de raíces fundamentalistas que quiere una victoria total. Y eso incluye, como objetivo principal, cambiar de régimen en Irán que, según estos radicales, es «la cabeza de la serpiente».

La impresión de expertos es que esta tesis es compartida por el gobierno de Trump y coincide con su estrategia de «la paz por la guerra», «la paz por la fuerza». Lo que, de hecho, Trump y su gobierno vienen implementando.

Primero, la presión o chantaje de la política de aranceles. Segundo, la amenaza directa militar creíble. Y, en tercer lugar, la acción militar directa, puntual o

masiva, según sea el caso. Tan brutal y maciza que evite un conflicto de larga duración.

En este escenario se ubica la región del Medio Oriente, clave en términos geopolíticos, nudo o conexión neurálgica entre Asia, África y Europa. Y punto de contacto del mayor volumen del comercio mundial marítimo Indo-Pacífico. Mediterráneo-Atlántico, Mar Rojo-Golfo Pérsico, Canal de Suez y Mar Negro: vía principal para el abastecimiento energético y de mercancías de las principales economías del mundo, incluidas China, India, Japón, Corea del Sur, Turquía y la propia Rusia. Además del norte de África y casi toda Europa.

El escenario estratégico es una hegemonía militar de Estados Unidos e Israel, y una alianza en la región con los países árabes sunitas, además de Egipto y Turquía.

No es casualidad que todos los que están reunidos en estos días en Sharm el-Sheikh, Egipto, incluido Pakistán, discuten el «Plan de Paz» en Gaza. Realmente se trata de un proyecto geopolítico pacificar y estabilizar la región bajo la sombra de Estados Unidos y su brazo armado local, Israel.

Que se logre o no, y en qué plazo, nadie lo sabe, dadas las complejidades presentes y los imponderables propios de la historia.

Mientras, la guerra en Ucrania, la relación Estados Unidos-Rusia y Rusia-Europa, siguen su propia dinámica regional. En un tablero con el «juego» en permanente movimiento, día a día los medios nos informan y desinforman, hablando del árbol o del hecho particular, mientras se nos esconde o disimula el «incendio» del bosque global.

Esta es, precisamente, la importancia y la necesidad de la visión y del análisis histórico y geopolítico. También nuestro subcontinente, al sur de Estados Unidos, está en movimiento. De allí los «juegos de guerra» del imperio en el Caribe, que nos afectan directamente.

El gobierno de Trump no quiere gobiernos hostiles en su entorno más inmediato, y menos presencia rusa y china o de cualquier otro rival imperial.

El lenguaje que se viene usando, «la paz por la guerra», permite presumir acontecimientos probables, pero eso nadie lo sabe con certeza hasta que ocurren, si van a ocurrir.

Con el agregado adicional de los efectos o repercusiones globales: la profunda crisis interna que está viviendo la propia sociedad en Estados Unidos. Una crisis cultural y de identidad que viene fracturando a ese país, y que algunos —pocos todavía— hablan hasta del riesgo de una guerra civil, dado el carácter mesiánico

e impredecible de Trump, cuya reelección, con 77 millones de votos, expresa el sentimiento más racista y xenófobo de esa sociedad.

El cambio demográfico y cultural en curso, desde hace más de tres décadas, tiene representación política en el llamado movimiento MAGA.

Tiempos nublados, sin lugar a dudas. Pero sin abandonar la esperanza de un mundo mejor y más pacífico.

Como está escrito en el escudo de nuestra Alma Mater, la Universidad del Zulia (LUZ): *Post Nubila Phoebus*: «Después de las Nubes, el Sol».

Tormenta en el Caribe

No se trata de una invasión, por la sencilla razón de que militarmente no sería una fuerza suficiente para invadir nuestro país. Basta pensar en Rusia, cuando invadió Ucrania en 2022: concentró 250 mil soldados en la frontera, un país mucho más pequeño que el nuestro y llevan cuatro años de guerra. Los invasores han tenido que empeñar casi medio millón de soldados. Rechacé esa invasión, como rechazaría una invasión a mi país o a cualquier otro país. Es cuestión de principios.

Tampoco es una lucha contra el narcotráfico. Es propio de los escenarios de conflicto crear narrativas o propaganda de ocultamiento, de parte y parte. El verdadero motivo tiene un fundamento estratégico de largo plazo: detener la creciente influencia china en el continente. En segundo lugar, existe un propósito coyuntural de limitar o terminar con gobiernos hostiles y, para lograrlo, se ejercen amenazas creíbles y directas, cuyas metodologías de acción son variables y flexibles,

privilegiando movimientos «desde adentro» de tipo político y eventualmente militar, casi siempre vinculados entre ellos.

Estados Unidos, en este momento, está gobernado por una élite fundamentalista, racista, xenófoba y enfrentando una sociedad en crisis profundamente dividida. Frente a ello, están reviviendo leyes, políticas y doctrinas del pasado para enfrentar el presente, propio de grupos y gobiernos reaccionarios. Trump y su gente lo son en grado sumo. De allí su lema: «Dios, patria y familia», la ideología de grupo convertida en religión política.

En este anacronismo regresivo han desenterrado la llamada Doctrina Monroe, de 1823, nunca enteramente sepultada. Esta doctrina implica el control hegemónico de todo el continente, hoy desafiado por China y su creciente presencia económica en la región. Y, en menor medida, por una Rusia en mengua. En esta resurrección del «monroísmo imperialista», la primera zona de interés estratégico es el sur cercano: desde la frontera mexicana, toda Centroamérica, el Caribe insular y el norte de Sudamérica, donde estamos nosotros.

La intención inocultable es simple: cambiar de régimen en Venezuela y controlar de manera privilegiada el petróleo y todos los demás recursos. El propósito inmediato es lo

primero, y no tanto recuperar nuestra democracia –que sería nuestro interés principal–, sino ponerle freno a la creciente presencia china y de cualquier otro país que ellos piensen que no conviene a los intereses de Estados Unidos. Así actúan todos los imperios: imponer sus intereses «por las buenas o por las malas».

En la geopolítica mundial, el «cambio de régimen» es más frecuente de lo que se piensa. Todas las potencias lo han practicado y lo practican. Lo acaba de hacer Turquía en Siria. Estados Unidos, desde 1946, ha propiciado casi 80 cambios de gobierno en el mundo: con invasiones directas como en Irak; a través de guerras civiles e invasión, como en Afganistán; o mediante conspiraciones internas y golpes de Estado.

El mundo está en proceso acelerado de creación de un nuevo orden global, con sus respectivos alineamientos y realineamientos. En América Latina se está viviendo este proceso. Los cambios son inevitables: cuando les toca llegar, siempre llegan. No importa el tiempo, esto es variable en cada circunstancia nacional. Lo importante es cómo llega.

Ojalá sea por vías democráticas y cuando pueblos y naciones sean «sujetos de la historia»: protagonistas de su propia historia. No «objetos de la historia»: cuando sean otros quienes decidan nuestro destino nacional.

La paz sucia: guerra y geopolítica contemporánea

La revista italiana de geopolítica LIMES, en su último número analiza lo que llama la *paz sporca* (la paz sucia), partiendo del principio de que la paz, en la historia, siempre ha sido una tregua entre dos guerras. Es la consecuencia inevitable del otro principio: «si quieres la paz, prepárate para la guerra».

Dicho de otro modo, la guerra es una constante en la historia, y de allí la ya mencionada «trampa de Tucídides».

La guerra termina siendo inevitable, hasta ahora, por motivos diversos. El motivo más presente es la lucha por la primacía y la hegemonía: la tentación del más fuerte de avasallar y derrotar a posibles rivales. A esto lo hemos llamado historia universal, o historia de los imperios y civilizaciones.

Con el arma atómica y nuclear, a partir de 1945, y las nuevas tecnologías actuales –incluida la inteligencia artificial– se pensó que la guerra total debía evitarse, porque acabaría con la humanidad y todos perderíamos.

A pesar de esto, el llamado equilibrio del terror no ha eliminado las guerras. Más bien, se han incrementado y se han creado términos nuevos: guerras asimétricas, híbridas, proxy o indirectas, guerrillas, terrorismo, etc.

Tanto es así que, en este momento, hay medio centenar de conflictos en curso. Mediáticamente resaltan los focalizados en Ucrania y Gaza, pero en ellos están involucrados muchos países, en particular las tres principales potencias: Estados Unidos, Rusia y China.

El editorial de la revista LIMES hace un ejercicio sobre escenarios bélicos en curso y en los próximos años. El resultado es terrorífico, y por eso concluyen que solo un acuerdo de coexistencia pacífica y reparto de esferas de influencia entre Estados Unidos, China y Rusia podría garantizar cierta estabilidad global. Aunque seguirían existiendo conflictos y guerras a nivel regional, la última palabra siempre la tendrían las tres potencias citadas, particularmente las dos primeras.

Todo lo anterior nos lleva a una conclusión realista y desoladora: las guerras no las ganan quienes tienen razón o creen tenerla, las gana el más fuerte.

Ucrania, invadida, pierde la guerra, pierde territorios y queda destruida, desmembrada y repartida entre Rusia y Estados Unidos. Igual los palestinos: pierden la guerra y se van quedando sin territorio para crear un Estado Palestino.

En las guerras no hay empate. Unos pierden y otros ganan. Es así, y es injusto. Por eso se habla de «paz sucia».

La historia está llena de ejemplos. Muy lejos estamos de la ilusión ilustrada de Kant y la paz perpetua. Luchar por la paz es justo y necesario, y estamos obligados moralmente a ello. Pero el «hombre lobo del hombre» y la herencia cainítica siguen en nuestros genes, tradiciones y culturas. La violencia nos hace y nos deshace, y la política, inclusive, cae frecuentemente en la tentación de la violencia. Por ello también la política se vuelve sucia con bastante frecuencia.

En conclusión, y en función del realismo político y la experiencia de la humanidad, es preferible una paz sucia a seguir con el «matadero». Es preferible una negociación imperfecta a una derrota definitiva.

En el arte se puede buscar lo perfecto. Igual en la filosofía idealista, en las creencias religiosas y en nuestra vida privada y social, estamos obligados a cultivar y practicar virtudes y valores. Pero lamentablemente no

hemos logrado abandonar, como especie, la ira y la rivalidad. La competencia sin límites ni escrúpulos. La vanidad, la ambición y la codicia. El deseo mimético de desear lo que otros tienen o lo que cada uno cree merecer.

El que no entienda estas cosas de psicología elemental no ha entendido nada, y menos cuando se trata de guerras y conflictos políticos.

Quizás esta es una de nuestras limitaciones para entender el conflicto político nacional en curso desde hace dos décadas. La razón mágica pretende una solución o desenlace ahora y ya, a la medida de nuestros deseos e intereses.

En términos realistas, es preferible una negociación imperfecta, con concesiones mutuas –si no, no es una negociación– a una confrontación estéril, sin medir las fuerzas reales de cada sector o antagonista.

Las ilusiones son consoladoras, hasta que la realidad las convierte en pesadillas y tragedias.

Nuevo Orden Mundial (II)

Estados Unidos publicó su nueva Estrategia de Seguridad Nacional. En este documento se expresa una visión geopolítica del nuevo imperialismo y colonialismo en curso, versión siglo XXI: el Nuevo Orden Global en proceso.

Estados Unidos se reserva el hemisferio occidental, léase el continente americano y Groenlandia; China se reserva Taiwán y el mar de China; Rusia consolida su frontera europea, su alianza estratégica con China y su acercamiento a la India; mientras Europa se rearma en un clima de crisis de unidad y creciente nacionalismo xenófobo. La Unión Europea sigue funcionando económicamente, pero continúa siendo un continente dividido en 27 Estados nacionales y con una OTAN controlada por Estados Unidos.

En el Medio Oriente se busca un equilibrio entre Israel, Turquía y Arabia Saudita, mientras Asia Central,

el Sudeste Asiático, África y América Latina permanecen atrapados en estas tensiones entre los «grandes». Además de enfrentar sus propias problemáticas nacionales y regionales.

Los BRICS representan una incógnita, pues existen demasiadas contradicciones internas para funcionar de manera unitaria en el plano geopolítico, aunque económicamente podrían operar hasta cierto punto.

Ante este panorama, surge la pregunta sobre qué pueden hacer los países pequeños. La primera recomendación es no confrontar directamente a ninguna potencia, y menos a la potencia hegemónica en su espacio geopolítico, como es el caso de Venezuela. La estrategia debe ser propiciar relaciones comerciales diversas y consolidar espacios económicos regionales más integrados, en nuestro caso el Caribe y Sudamérica.

La recomendación geopolítica, pensando en nuestro interés nacional como país modesto, aun con recursos petroleros y naturales en general, sería buscar aliados y socios comerciales bajo esquemas ganar-ganar, mantener buenas relaciones con todos los países y practicar una neutralidad inteligente en las rivalidades entre potencias.

Una poderosa democracia, una economía dinámica y una sociedad próspera con oportunidades serían

nuestra mejor defensa para evitar la dependencia y la subordinación a cualquier centro de poder hegemónico.

Sin dejar de aceptar la realidad, no podemos hostilizar al imperio cercano. Al contrario, debemos desarrollar buenas relaciones en todos los aspectos diplomáticos necesarios. De no ser así, nuestro espejo es Cuba, destruida y sin futuro, por haber permitido el desarrollo de una tiranía y por la irresponsabilidad de Fidel Castro al alinearse con la Unión Soviética, estando Cuba apenas a 90 millas del imperio norteamericano. Eso se llama estupidez geopolítica, y han pagado las consecuencias correspondientes.

En América Latina y el Caribe está nuestra mejor oportunidad, por la cercanía geográfica, las similitudes lingüísticas y culturales, y por una tradición colonial y republicana muy parecida. El camino comienza en nuestros espacios inmediatos: el Caribe y Centroamérica, y obviamente Colombia y Brasil.

La falsa «verdad»

En tiempos bélicos, con guerras en desarrollo, de parte y parte se imponen el secreto militar y la censura más feroz. La propaganda y la manipulación de la información mandan. Cada bando elabora su propia narrativa. Aquellos no involucrados directamente en el conflicto, fijamos posición y opinamos sobre información básicamente manipulada y potencialmente falsa. Nuestra opinión se nutre más de nuestras ideas, creencias, ideologías y prejuicios, que de conocimiento y razón, con el agregado de nuestras ignorancias formativas en temas militares, geopolíticos, históricos, etc.

En este momento, las dos guerras más visibles, la invasión de Rusia a Ucrania y el conflicto entre Israel e Irán, son guerras preventivas, según rusos e israelíes. Los primeros quieren una Ucrania neutral, que no ingrese a la OTAN y que no permita, en su territorio, posicionamiento nuclear. Algo parecido quiere Israel, que Irán no tenga armas nucleares y un gobierno menos

hostil, con respecto al derecho de Israel a existir como Estado-Nacional. A pesar de que esto es así y debería ser condenada por igual la agresión rusa e israelí, muchos apoyan a uno y rechazan al otro.

Más grave aún es la conducta irresponsable de Estados Unidos, que bombardea directamente un país con el cual oficialmente no hay una declaración de guerra. Hasta Hitler, antes de invadir un país, declaraba la guerra. El derecho internacional ha sido negado de raíz, se ha regresado al derecho de la fuerza y los hechos cumplidos.

La opinión pública internacional sigue estos hechos, con indiferencia o tomando partido, como si se tratara de un juego entre dos equipos rivales. La tragedia es que mueren millones, la mayoría civiles. Además de la destrucción del territorio, el sufrimiento correspondiente de los que tienen que huir y la negación absoluta a millones de vivir una vida normal.

En la HISTORIA algo sabemos sobre la «falsa verdad». Toda la historiografía, la historia escrita, y en particular el relato político e ideológico o «historia oficial», es una gran mentira construida a posteriori por los historiadores, aunque hablen de método y objetividad. Se puede llenar una biblioteca con ejemplos. Estudiamos la Guerra de las Galias, en la versión de

Julio César, el conquistador de las Galias, el genocida-conquistador, de 8 años de exterminio y destrucción. Si vamos a las llamadas Historias Nacionales, el cuento se vuelve epopeya y leyenda, y a los victimarios los llamamos héroes.

El mundo está en un reacomodo de poderes geopolíticos y ello conlleva caos y violencia, y ninguno de los países en pugna es inocente defendiendo sus intereses. Mientras, la «falsa verdad» se impone y cada bando crea su narrativa.

Monarcas sin corona

Para un buen lector de la historia, la conducta humana siempre se repite. Cambian las épocas, las circunstancias, los personajes, pero las motivaciones, el deseo, la ambición, la codicia y la vanagloria siempre están presentes.

Como ejemplo tenemos a Julio César, quien intentó un golpe de Estado para imponer su poder personal vitalicio en la república senatorial de la cual él formaba parte. Igual Napoleón Bonaparte, hijo de la Revolución Francesa y de la Primera República Francesa, terminó creando su propio imperio y se coronó emperador. Y nuestro Libertador, Simón Bolívar, hijo de la república independiente y su principal protagonista. Ganada la guerra y creada la República de Colombia —que posteriormente los historiadores llamaron la Gran Colombia— terminó proponiendo para la recién creada República de Bolivia un presidente vitalicio.

Más allá de las diferencias, el propósito final de los tres era el poder vitalicio. Caro les costó tal propósito: a Julio César, la vida; a Napoleón y Bolívar, el exilio.

Estudiando estos tres casos y otros parecidos, investigadores de la política y la historia —Marx incluido— acuñaron las palabras «cesarismo» y «bonapartismo» para referirse al golpe de Estado que impone un nuevo régimen de tipo autocrático, sustentado fundamentalmente en el poder militar.

Los tres casos fueron producto de épocas de profundas discordias y guerras civiles. César contra Pompeyo, antiguos aliados políticos. Napoleón y la gente de la revolución, antiguos aliados. Bolívar, confrontado por antiguos aliados y subordinados: Santander en Bogotá, Flores en Ecuador, Páez en Venezuela. Plutarco diría: «Vidas paralelas».

Y los ejemplos de casos parecidos se multiplican en la historia. El golpe de Estado como fenómeno recurrente en las repúblicas.

Para ceñirme a la actualidad: Estados Unidos, Rusia y China son tres poderosas repúblicas constitucionales, bastante diferentes entre ellas; pero en las tres, de diferentes maneras, se trata de crear un poder autocrático. Putin y Xi Jinping cambiaron la constitución para lograr su autocracia vitalicia; y Trump intenta, por todos los

medios, reforzar el poder presidencial. Casos diferentes, pero parecidos en sus intentos personales de poder.

El resto del mundo, incluida nuestra llamada América Latina –todas repúblicas democráticas formalmente– pero con algunos presidentes que se empeñan en quedarse. Y el principal sostén para este propósito son las fuerzas armadas.

La tentación autoritaria y totalitaria siempre está presente en la historia, entre los ambiciosos y grupos de poder. En períodos anteriores era casi normal el cesarismo y el bonapartismo, dado que la democracia era una idea antigua, pero llevada a la práctica solo en los últimos doscientos años.

Pero en pleno desarrollo del siglo XXI, con experiencias democráticas exitosas en todo el mundo, que el golpe de Estado siga estando presente y con abundante frecuencia para cambiar de régimen o para resolver profundas crisis nacionales, habla muy mal de la cultura democrática de la humanidad.

Hay un sheriff en Washington: Año I

Donald Trump cumplió un año de su segundo mandato como presidente. Como era previsible, desde el primer momento se presentó con mucho ruido, muchas cámaras, agresivo y prepotente.

En este primer año, ha invocado nueve leyes de «emergencia nacional» para acrecentar sus poderes personales y los ha aprovechado al máximo. Ha acometido, con su política inmigratoria, una verdadera «limpieza étnica» con dos poderosos instrumentos policiales represivos: la Border Patrol (Policía de Fronteras) y la recién creada ICE, cuya novedad es actuar encapuchados y con mucha agresividad. Algunos opinan —yo también— que ICE es una versión trumpiana de la Gestapo hitleriana.

Sin ningún rubor, anunció que Canadá y Groenlandia deberían ser parte de Estados Unidos. Ahora parece

que quiere agregar a Venezuela «de facto». Desarrolló una política de aranceles, obviando al Congreso, que envenenó las relaciones comerciales con muchos países, y obligó a algunos a mirar hacia China y a perder confianza en Estados Unidos.

En política exterior, parece aceptar el hecho de que el mundo es tripolar, con China y Rusia, sin renunciar a la primacía global de Estados Unidos. En Medio Oriente mantuvo el tradicional apoyo a Israel y consolidó sus alianzas con las monarquías sunitas del Golfo, en particular Arabia Saudita. Y parece que va a lograr convertir a Gaza en un balneario de lujo.

En Ucrania no le ha ido nada bien. Al contrario, la guerra continúa y Trump se ha enajenado de la cercanía política con los europeos. En noviembre del 2025, publicó la nueva doctrina de Seguridad Nacional: actualiza la doctrina Monroe de 1823 y se reserva para Estados Unidos la hegemonía en todo el continente americano. Ha actuado en consecuencia en el Caribe con una poderosa flota, y reafirma el control de Panamá y el Canal.

Interviene militarmente en Venezuela y establece «de hecho» un protectorado, con control total sobre el petróleo, el oro, etc. Hecho repudiable, pero que ha contentado a la mayoría de los venezolanos porque nos

restituye un horizonte de oportunidades para recuperar el país en todos los aspectos, destacando la democracia y la prosperidad. Proceso en curso y que, confiemos, termine bien.

Trump es un personaje polémico. A mí no me simpatiza en absoluto. Acostumbrado al escándalo y hoy uno grande lo amenaza: los archivos Epstein. Su popularidad ha bajado a un 40%, lo que amenaza con que pueda perder las elecciones de medio término en noviembre de 2026. De ser así, pueden iniciar un juicio de destitución o, por lo menos, limitar fuertemente su autoritarismo.

Como sea, en un año de su mandato, la economía del país no está bien: hay un moderado proceso inflacionario, la deuda pública aumentó, el dólar se debilita, los Estados Unidos de Trump están bastante desprestigiados con la conflictividad interna en aumento. Mientras, Donaldo I se compara con Washington y Lincoln y, como buen megalómano-narcisista, no ve la realidad como es, sino como él piensa que es. Pero no ha perdido el sentido de los negocios y su fortuna personal y familiar se ha multiplicado.

Tripolaridad

Nada de lo que ocurre en el mundo puede ser entendido totalmente si no lo enmarcamos en una visión geopolítica global. Toda acción o movimiento geopolítico responde a intereses muy concretos, más allá de ideologías y retóricas de propaganda.

En el caso de Venezuela, Estados Unidos está desarrollando su estrategia de control hemisférico frente a China, Rusia, Irán y cualquier otro país o gobierno que considere rival o adversario. El régimen venezolano, al dejar puerta franca a China, Rusia e Irán, tarde o temprano iba a encontrarse en la línea de fuego entre estos rivales estratégicos. Y así ha sucedido.

China, con su penetración económica; Rusia, con su influencia militar; e Irán, presunto financista y articulador del terrorismo extremista islámico –con Cuba como «operador» e intermediario– han configurado una presencia que inevitablemente genera tensiones.

El problema llega a la situación actual porque, en curso, las tres potencias están discutiendo sus relaciones geopolíticas, es decir, sus zonas de influencia para los próximos años. Trump y Putin lo están haciendo con el problema de Ucrania y las relaciones con Europa. Y en abril está prevista una reunión entre Trump y Xi Jinping, en China, como culminación de las negociaciones en curso entre ambas potencias, cuyas economías están tan interconectadas que ambas se necesitan.

Los chinos tienen el control de las tierras raras, y Estados Unidos mantiene el control de los pasos vitales del comercio mundial y, parcialmente, del petróleo del Medio Oriente y ahora el de Venezuela. En caso de reabrirse el conflicto con Irán —algo muy probable—, el suministro de petróleo a China quedaría comprometido, y Rusia no tiene la capacidad para cubrirlo.

Aquí es donde nuestro petróleo y otros recursos —oro, tierras raras— bajo control de Estados Unidos, se convierten en un elemento adicional de negociación frente a China. Al mismo tiempo que «frena» la influencia de los otros países adversarios. Estados Unidos, en su doctrina de Seguridad Nacional publicada en diciembre de 2025, no disimula su política de control de las Américas: el Caribe y Groenlandia incluidas.

No simpatizo con Trump ni con sus políticas, y rechazo su agresión a Venezuela. Pero la realidad casi nunca es como uno quiere que sea.

Demografía, inmigrantes, miedo y cambio

Elon Musk, en X —de la cual es propietario— tiene más de 230 millones de seguidores, lo que indica que es una voz escuchada. Además, su figura pública, que él cultiva, tiene proyección mundial e influencia indudable.

No sé si los tuits los escribe personalmente o si lo hace un equipo, pero los temas que aborda merecen atención. Ninguna opinión es inocente, y siempre cabe preguntarse cuál es la intención detrás de cada opinión que damos. Una opinión no es ciencia, ni mucho menos la verdad.

Musk se ha referido al tema migratorio y demográfico y, en sus planteamientos, refleja una preocupación por la inmigración ilegal y por la procedencia étnicocultural de muchos de los migrantes. Que un Estado nacional controle sus fronteras no está en discusión. La pregunta importante es cómo entran y quién o quiénes los dejan entrar.

Son los propios gobiernos y empresarios —ávidos de mano de obra barata, y de técnicos y profesionales cuya formación no pagaron—, quienes los «apetecen» y facilitan su entrada, legal e ilegalmente; preferentemente esto último, porque facilita su explotación laboral. Pero cuando el país receptor y cómplice, por codicia, empieza a tener problemas internos, económicos, políticos o de cualquier tipo, entonces el inmigrante —en particular si es de cierto color— se convierte en el problema, en «el enemigo interior».

Por estos lados decimos «el paganini».

Yo lo llamo hipocresía política y empresarial. O, para ser más crudo y directo, «nazismo» o «método Hitler». Creo que es lo que está ocurriendo en Estados Unidos y en algunos países europeos.

En cuanto a la demografía: usted viene de un país, Sudáfrica, que inventó el funesto apartheid, donde una minoría blanca —al final, unos ocho millones de personas— dominaba, explotaba y excluía a 22 millones de nativos negros de diversas etnias. Al final, se impuso la realidad real y ahora a Sudáfrica la gobiernan esos «negros».

Me pregunto maliciosamente: ¿no será este el peligro que están viendo los grupos dominantes frente al aluvión migratorio que necesitan para explotar, pero

que, si siguen creciendo, en algún momento les discutirá el poder y, eventualmente, les quitará o arrebatará ese poder?

Con las drogas pasa igual: se consumen allá y el dinero termina allá, pero la culpa está acá. Lo mismo ocurre con la desindustrialización de Estados Unidos: sus empresas se mudaron a países de mano de obra barata, leyes laxas y gobiernos corruptos que facilitaban «buenos negocios», con grandes mercados emergentes de potenciales consumidores: millones y millones de personas. Y ahora se quejan de que Estados Unidos, que en 1945 era una potencia manufacturera con el 50% de la producción mundial, hoy apenas representa el 5%.

Sus empresarios buscaron buenos y rápidos negocios. Y ahora viene este personaje a decirle al mundo que los han estafado esos pueblos «malos», de colores diversos.

Menos mal que el mundo está cambiando, y cada vez hay más personas, en todas las latitudes, que saben quién es quién.

El fanatismo religioso y la guerra entre Irán e Israel

La crónica bélica contemporánea tiende a obviar factores fundamentales para el análisis geopolítico, como lo son la historia y la cultura. Contrariamente a lo que se afirma en la narrativa común, Irán e Israel fueron países que se reconocían diplomáticamente antes de 1979. La relación entre el pueblo persa y el pueblo hebreo es milenaria, remontándose a la época acadia-babilónica hace más de dos mil años a. C. De hecho, hasta 1979, en Irán vivían más de 150 mil judíos iraníes de muchas generaciones anteriores; una realidad que cambió drásticamente a partir de ese año, estimándose que actualmente solo permanecen en el país unos 10 mil.

El punto de inflexión fue la llegada al poder, en 1979, del régimen teocrático de los Ayatolás. Este sistema, basado en un fundamentalismo chiita, desconoció la

existencia del Estado de Israel e inició una campaña de hostilidad concretada mediante el apoyo a grupos como Hamás y Hezbolláh. Por otro lado, el conflicto se potencia cuando, en Israel, llega al gobierno el radicalismo judío del partido religioso. Bajo la administración de Netanyahu, se convirtió en política de Estado la «neutralización» de Irán, por ser considerada la amenaza estratégica por excelencia para el Estado hebreo.

La desproporción entre ambas naciones es abismal en términos de territorio y población: Israel cuenta con menos de 10 millones de habitantes frente a los más de 90 millones de Irán. No obstante, en desarrollo, tecnología y poder militar, Israel supera a Irán, contando además con una capacidad nuclear que Irán aún no posee, pese a tener un programa en desarrollo. Al no compartir una frontera común —separados por dos mil kilómetros— el conflicto se desarrolla principalmente en el espacio aéreo. En este escenario, Israel dependería críticamente del apoyo de Estados Unidos para sostener un enfrentamiento prolongado; sin embargo, la opinión pública estadounidense rechaza la guerra e Irán posee el «arma» del control sobre el Estrecho de Ormuz, cuyo impacto en la economía global sería devastador para Europa y el Lejano Oriente.

Tras meses de intensos bombardeos mutuos, el temor principal es una escalada que precipite una crisis

económica de grandes proporciones, o la tentación de utilizar armas nucleares por parte de Israel, dado que el daño territorial que podría sufrir se le haga intolerable por su limitada geografía.

Como suele decirse: las guerras se sabe cómo comienzan, pero nadie sabe cómo terminan. El ejemplo de Rusia y Putin, empantanados en una invasión a Ucrania que ya supera los cuatro años, es prueba del desgaste humano y económico que esto conlleva. La guerra entre Irán e Israel tiene múltiples causas e intereses en pugna, pero el fanatismo religioso en ambas partes agrega un ingrediente irracional y sumamente peligroso.

De la sublevación de las masas a su domesticación

La «domesticación» de las masas y la «cancelación» del pensamiento crítico constituyen el gran proyecto totalitario en desarrollo en la sociedad del siglo xxi, independientemente del sistema político o la ideología imperante. Es la promesa tecnológica de los dueños del gran capital —el verdadero *Big Brother*— y del sistema financiero global; específicamente de la tecnocracia del monopolio comunicacional y tecnológico, apoyada en la Inteligencia Artificial y el manejo masivo de datos.

Este proceso se articula a través del control y la manipulación de la información, donde el uso de la desinformación, la propaganda y la «verdad alternativa» construida tecnológicamente dificultan cada día más el acceso a la realidad fehaciente. Se impone así un control del relato mediante la construcción de narrativas orientadas a confundir, crear falsas certezas

y establecer patrones de consumo y pensamiento alineados, uniformes y unidimensionales.

En el ámbito académico, ya se observa el desmantelamiento del pensamiento humanista mediante la cancelación de cátedras y facultades que estimulen el juicio crítico. Uno de los profetas de esta era tecnológica y distópica, Elon Musk, ha sugerido que la formación universitaria es innecesaria frente a los oficios técnicos, perfilando una universidad funcional de bárbaros especializados y escuelas formadoras de conformistas y consumidores «felices».

A la par, las tecnologías de control y vigilancia han eliminado los espacios privados libres, aspirando incluso al uso de dispositivos injertados para monitorear acciones y pensamientos. La meta es la despersonalización y la uniformidad de ideas y conductas para hacernos previsibles, frágiles y manipulables. A esto se suma la inoculación de una cultura del miedo en la cual la realidad se presenta como una amenaza permanente; basta observar cómo las noticias convierten todo en un peligro potencial, incluso la salud, induciendo a una prevención constante aun cuando se está sano.

Bajo este esquema, la felicidad se transforma en una receta de predicadores, gurús y libros de autoayuda, mientras la ansiedad y la depresión se extienden como

una epidemia o desembocan en el refugio fanático. El mal de nuestro tiempo es un sistema planificado para convertirnos en consumidores endeudados y personas sin criterio propio, donde toda disidencia es castigada, se aplaude el egoísmo y se premia al delincuente que alcanza el éxito a través del poder y el dinero.

Nuevo Orden Mundial (III)

De acuerdo con la nueva Doctrina de Seguridad Nacional publicada en noviembre de 2025, Estados Unidos ha definido sus áreas estratégicas de manera más directa. Con la declaración de su Secretario de Guerra, se delimita un espacio vital territorial donde, en términos de realismo político, todos los gobiernos de la región deben ser «amigos y socios» —por las buenas o por las malas— en todo el continente americano.

De manera más precisa, se define como área de interés vital para el imperio el territorio que comprende desde Alaska hasta la línea ecuatorial. Esto incluye a Canadá y Groenlandia; México, Centroamérica y el Caribe; y el norte de Sudamérica, abarcando a Venezuela, Colombia, Ecuador y las Guayanas. De esta forma, se empiezan a redefinir los «espacios imperiales» de esta nueva era de los tres imperios. Esta zona estratégica aspira a ser el equivalente al Mediterráneo para el antiguo Imperio Romano.

Esta reconfiguración le abre la puerta a China para anexionarse a Taiwán, mantener el control sobre el Tíbet y conservar su influencia en Nepal y Bután —vitales en su rivalidad estratégica con la India—, además de ejercer dominio sobre Mongolia, país de amortiguación frente a Rusia. Por su parte, Rusia consolida su posición en Ucrania, el Mar Negro, el Cáucaso y Asia Central. Estamos en pleno proceso de un nuevo reparto del mundo, con zonas de potenciales disputas y conflictos en procesos de *balcanización*, como el Cercano Oriente y, fundamentalmente, África.

Este proceso sustituye el orden mundial establecido en Yalta, en 1946, que culminó formalmente en 1991 con el colapso de la Unión Soviética. Y que se redefine a partir del surgimiento de China como potencia rival (periodo 1973-2015) y la consolidación de la Rusia de Putin desde el año 2000. Como diría el poeta Walt Whitman: «La yerba crece, pero no la vemos crecer».

Europa, por su parte, queda por su cuenta frente a Rusia y tendrá que redefinir sus relaciones con los tres imperios y el resto del mundo. Su principal desafío es la unidad política: siguen siendo 27 Estados nacionales que, unidos, representan una potencia económica, tecnológica y, pronto, militar. Pero, desunidos, ningún país tiene el tamaño ni la demografía necesaria para encarar la tripolaridad del nuevo orden mundial en

curso. En este escenario, la India mantiene un peso propio y Japón encara sus propios desafíos.

África es un continente vasto, complejo y fragmentado, marcado aún por el rezago a pesar de las grandes diferencias entre naciones. El resto del globo se divide en escenarios regionales con subpotencias en competencia: Alemania, Inglaterra y Francia, en Europa; Israel, Turquía, Irán y Arabia Saudita, en Medio Oriente; y Egipto, Argelia, Marruecos y Sudáfrica, en el continente africano. A esto se suman los países con arsenal nuclear y aquellos con capacidad de obtenerlo. En este esquema, América Latina, como conjunto, desaparece como sujeto geopolítico.

El sur de Sudamérica se definirá, básicamente, por las relaciones entre Brasil y Argentina, siendo el primero una subpotencia de importancia global creciente debido a sus dimensiones. Como siempre, el mundo en sus dinámicas históricas y coyunturales, es una complejidad en proceso donde nada es vaticinable con certeza. La incertidumbre y los conflictos inevitables nos acompañarán.

El riesgo nuclear permanecerá como una amenaza latente, al igual que los desafíos tecnológicos, los retos de la pobreza, la desigualdad, la problemática ambiental y la fragilidad de los sistemas políticos. La lucha por la paz y unas relaciones internacionales de respeto e intercambio

pacífico seguirán siendo exigencias necesarias en esta nueva etapa de la humanidad. La historia sigue y estamos en ella; los tiempos cambian, pero la naturaleza humana permanece.

El «chavismo» y su fracaso histórico

El llamado «chavismo», por primera vez en su historia, ha perdido el norte político. Por ello está condenado al fracaso y—si se empeña en no entender la realidad fehaciente— a la extinción.

Chávez no fue un ideólogo: heredó a la anacrónica izquierda estalinista venezolana, la cual terminó de enterrarse cuando se amarró al tótem fidelista y al oportunismo castrista: peones del imperio soviético en territorios del hegemon gringo. El 3 de enero de 2026 los alcanzó la realidad geopolítica real, que es y sigue siendo global.

El drama es que su error estratégico de casi tres décadas arruinó al país y desmadró la vida de la mayoría. Ocurrió igual que con los cubanos, quienes, por la megalomanía de Castro y su incapacidad de entender la realidad nacional e internacional, confundieron

ideología con religión y política. Se asumió el poder personal —nuestro tradicional caudillismo— y se acabó con Cuba. A la vista está el resultado.

Chávez lo copió en Venezuela y el castrismo perverso le alimentó el ego y el narcisismo a una persona inteligente e intuitiva; pero ignara y con carencias psíquicas evidentes. Su éxito político inicial y electoral se lo debió a dos manipuladores políticos experimentados, Miquilena y Rangel. Después del golpe de 2002, Chávez entendió que, para sobrevivir, necesitaba a los espías y represores castristas, e incorporar a los mandos militares en el gobierno y en el manejo de cuantiosos recursos. Con la tentación de la corrupción, el éxito en la creación de una «boliburguesía» resultó evidente.

Se mezclaron los mandos en las regiones militares y en el alto mando para evitar conspiraciones, además de ser tolerantes con las guerrillas colombianas, el narcotráfico y el crimen organizado. Esta fue la estructura de control y poder que heredó Maduro y, de manera inevitable, pasamos del autoritarismo a la dictadura, con un partido absolutamente clientelar y un paramilitarismo delincencial.

Todo esto se quebró el 3 de enero por un acto de fuerza absoluto: vino el imperio y «mandó a parar» a un régimen imparabile para la oposición democrática, a

pesar de los muchos intentos y las víctimas. Esta es la apretada síntesis, en mi limitado juicio, del chavismo en el poder durante 27 años.

Ahora, el chavismo nostálgico suspira por los tiempos pasados. Sin gente, sin pueblo, huérfanos de liderazgo y divididos en lo que queda, repiten —todavía con poder— el nostálgico «por ahora» como mantra del 4F-1992.

El liderazgo chavista está profundamente dividido en dos estrategias: los «colaboracionistas», que buscan ganar tiempo, portarse bien con el imperio y «pasar agachados», para no quedar totalmente fuera de juego en la futura e inevitable reconfiguración del poder. Y los otros, más torpes o más coherentes, que no terminan de asimilar lo ocurrido el 3 de enero y «patalean» simbólicamente; o más radicales, al denunciar de frente la traición.

Estamos en días y meses de pleno desarrollo. La gran mayoría queremos un país democrático y próspero; priorizamos los derechos humanos, sociales y laborales. Entendemos que la economía necesita tiempo y condiciones, pero la expectativa general es positiva. Sin embargo, el hecho definitivo es devolverle a la soberanía popular la decisión electoral para legitimar todos los poderes y tener una democracia y un país con futuro.

El imperio, por un tiempo indeterminado, va a ser decisivo en los procesos en curso, en particular en la economía y en nuestro posicionamiento estratégico. Pero a los venezolanos, con el tiempo, nos toca decidir nuestro destino político y nacional.

Estamos en una nueva etapa política con un chavismo disminuido y confundido, aunque todavía con poder e influencia. No hay que subestimarlos ni agraviarlos innecesariamente; tampoco ignorar las responsabilidades en la represión y la corrupción. El *momentum* es delicado y precario, pero con una dinámica potencialmente positiva en todos los aspectos.

De acuerdo con la nueva Doctrina de Seguridad Nacional publicada en noviembre de 2025, Estados Unidos ha definido sus áreas estratégicas de manera más directa. Con la declaración de su Secretario de Guerra, se delimita un espacio vital territorial donde, en términos de realismo político, todos los gobiernos de la región deben ser «amigos y socios» —por las buenas o por las malas— en todo el continente americano. De manera más precisa, se define como área de interés vital para el imperio el territorio que comprende desde Alaska hasta la línea ecuatorial. Esto incluye a Canadá y Groenlandia; México, Centroamérica y el Caribe; y el norte de Sudamérica, abarcando a Venezuela, Colombia, Ecuador y las Guayanas. De esta forma, se empiezan a redefinir los «espacios imperiales» de esta nueva era de los tres imperios. Esta zona estratégica aspira a ser el equivalente al Mediterráneo para el antiguo Imperio Romano.

Venezuela, constitucionalmente, es un territorio de paz. Las Fuerzas Armadas son y deben ser de carácter defensivo, para resguardar el territorio y garantizar nuestra soberanía. La doctrina para países como el nuestro es el equilibrio geopolítico, la paz y relaciones diplomáticas con todos los países. El llamado «chavismo», por primera vez en su historia, ha perdido el norte político. Por ello está condenado al fracaso y —si se empeña en no entender la realidad fehaciente— a la extinción. El 3 de enero de 2026 los alcanzó la realidad geopolítica real, que es y sigue siendo global. Pero a los venezolanos, con el tiempo, nos toca decidir nuestro destino político y nacional.

AL

A diferencia de otros pensadores sobre la política-economía-geopolítica-relaciones internacionales, a Lombardi lo caracteriza su vocación de futuro.

Monzantg

Los libros de
VERSIÓN FINAL